

JOSÉ MARÍA ROSA

EL CÓNDOR CIEGO

LA EXTRAÑA MUERTE DE LAVALLE

EDICION GRATUITA - Octubre del 2002

Comentarios y sugerencias a **Eduardo Rosa** rosaeduardo@yahoo.com.ar

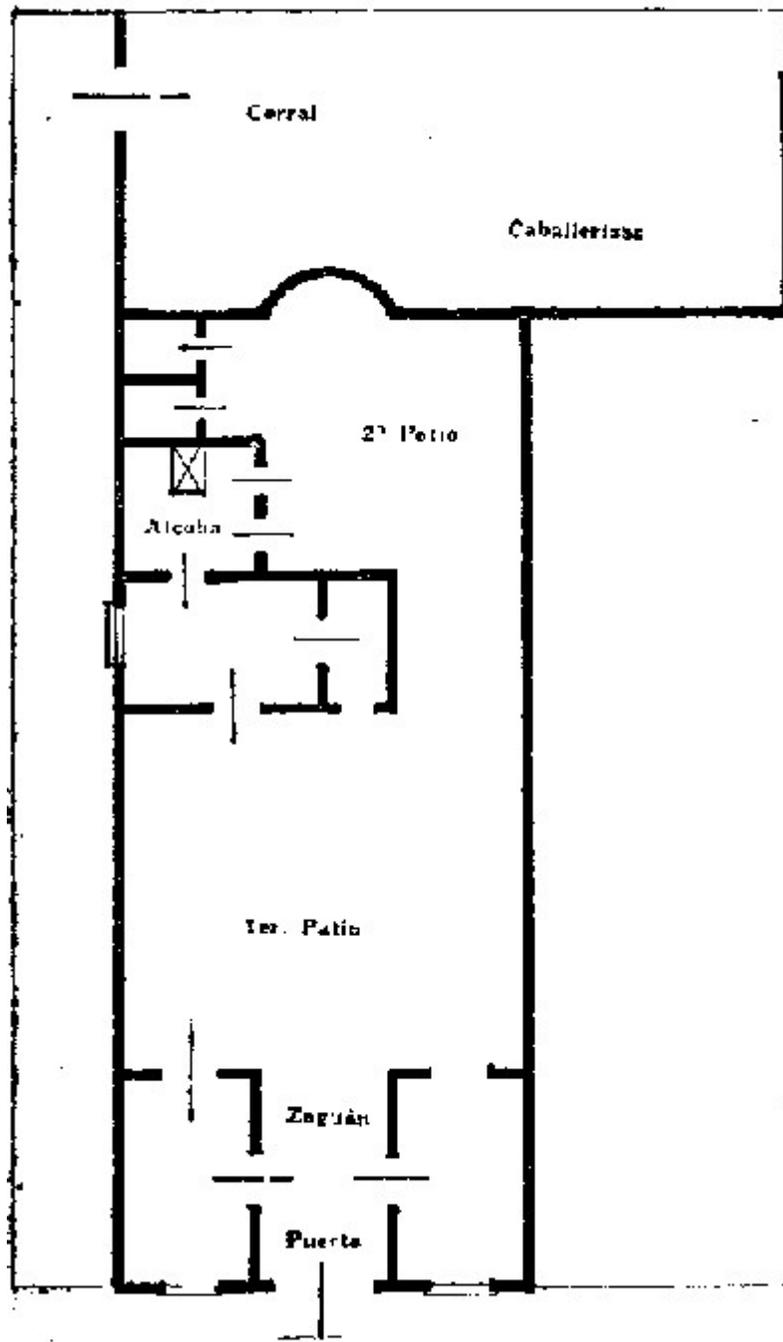
Está permitido hacer copias de este libro SIEMPRE QUE NO SE ALTERE EL CONTENIDO, y tampoco se agregue ningún texto. Queda EXPRESEMENTE PROHIBIDA su reproducción con fines comerciales o de propaganda política o religiosa.

INDICE

[Plano de la Casa
de Zenarruza](#)

[I La noche de
Jujuy](#)

[II El cóndor ciego
Llamadas](#)



La casa de los Zenarruza en Jujuy, donde murió el Gral. Juan Lavalle

I

LA NOCHE DE JUJUY

LOS VENCIDOS

Los restos del Ejército Libertador, apenas doscientos fieles, llegaron a las afueras de Jujuy en la noche del 8 de octubre de 1841. Lavalle mandó a su edecán – Pedro Lacasa – a conocer el estado de la ciudad quien volvió con noticias poco tranquilizadoras: todos los unitarios, el gobernador Alvarado, el doctor Elías Bedoya, delegado del Ejército, y la mayor parte de los empleados civiles y militares

habían huido el día anterior por el camino de Bolivia. Alvarado había escrito a Lavalle que la ciudad no era segura: Domingo Arenas, el más importante jefe militar de Jujuy obedecía ya a los federales, y Antonino Aberastain, a cargo del gobierno, no inspiraba confianza; le aconsejaba “no entrar” y apurarse en tomar “el camino que salía de la Cañada para Humahuaca” porque suponía la vía real ocupada por las partidas enemigas.

La carta de Alvarado no llegó a Lavalle por haberla interceptado el propio Arenas ⁽¹⁾, pero Lacasa pudo enterarse de lo esencial de su contenido. En cambio, entregó un pliego del Dr. Bedoya, dejado el día anterior, donde también le aconsejaba huir ya “que toda resistencia era inútil”. Bedoya lo había hecho sin esperar la llegada del ejército unitario, pues temía “faltarme un caballo para salvar el pescuezo” ⁽²⁾.

Se desmoronaba la última esperanza que era hacer pie en Jujuy para intentar una guerra de recursos. Venía a sumarse a todas las desilusiones que trajo la derrota de *Famaillá* el 19 del mes anterior: cada una de las jornadas había sido marcada por un descalabro, una felonía, o cuando menos una falta de lealtad de los amigos. Era necesario convencerse de que la derrota era total, definitiva. Marco Avellaneda había sido el primero en iniciar el desbande, al separarse del ejército después de *Famaillá* para ganar la frontera, cuando el propósito del general era resistir en Salta a Oribe, a la espera de que Lamadrid se hiciera fuerte en Cuyo con la ayuda prometida por Chile. Avellaneda había ido con su fuga más pronto hacia la muerte, porque su misma escolta acabó por traicionarlo entregándolo a los federales.

En Salta abandonarían a Lavalle sus viejos compañeros, los comandantes Ocampo y Hornos ya resueltos a cruzar el Chaco e ir a Corrientes para ponerse a las órdenes de Paz. Inútilmente quiso disuadirlos: era necesario producir un foco de lucha en el norte para impedir la concentración de los

ejércitos federales. Los “pronunciados” no creyeron en la sinceridad de Lavalle; como no podía ir a Corrientes, agraviado con el gobernador Ferré, entendieron que por amor propio quería mantener una resistencia imposible. Y se fueron el 6 de octubre.

La marcha de Ocampo y Hornos arrastró a casi todo el ejército, fue el “sálvese quien pueda” para los unitarios de Salta. El poderoso Ejército Libertador había quedado reducido a doscientos hombres: el Cuartel General, la mayor parte del cuadro de oficiales y el escuadrón porteño “Libertad”. Ya no significaba protección seria; sin embargo, el mismo 6, Lavalle dejaba Salta para intentar una imposible resistencia en las quebradas de Jujuy.

¡Dolorosa etapa de Salta a Jujuy! Un puñado de hombres que nada esperan, pero que por lealtad seguía a un jefe obstinado en no reconocer la derrota. En la mañana del 8, ya próximo a la ciudad, supo Lavalle que los comandantes jujeños, con quienes creyó contar, estaban en comunicación con Oribe, el que les exigía - como muestra de fe federal - “poner todo su empeño en prender a Lavalle y a su comitiva” ⁽³⁾. Por afortunado podía tenerse si conseguía llegar a la frontera. Pero Lavalle no quería dejar la guerra mientras Paz luchaba en Corrientes y Lamadrid en Mendoza (nada sabía, nada supo jamás de la completa derrota de éste en *Rodeo del Medio*, el 23 del mes anterior): “debemos de ser los últimos en abandonar la tierra Argentina” había contestado ese día 8 a las angustiosas insinuaciones de Félix Frías, su secretario.

Cuenta Frías que el natural taciturno de Lavalle, agravado por una constante melancolía después de la retirada de Buenos Aires, cambió súbitamente al acercarse a Jujuy. “Me llamó varias veces para reírse de algunas ocurrencias de esos días. Esta alegría tan extraña en esos momentos tan críticos, era para mí el anuncio de una grandísima desgracia”.

Contra el parecer de Frías, para quien “el tránsito por Jujuy era muy peligroso”, además de inútil – porque la suponía abandonada por las autoridades, Lavalle ordenó acampar sobre la misma ciudad, en los *Tapiales de Castañeda*, quinta situada a ocho o nueve cuadras del centro. Cuando volvió Lacasa con el consejo que le dejaban Alvarado y Bedoya al irse, de ganar rápidamente el camino de Bolivia si es que estaba en tiempo, comentó risueñamente: “Este es el pensamiento de Frías”. Pero no ordenó seguir la marcha. Tampoco quiso dormir en el campamento que dejó a las órdenes de Pedernera; con una pequeña escolta entró a la ciudad a buscar una casa “donde hubiera una cama donde pasar la noche”. Lo acompañaban el secretario Frías, edecán Lacasa, teniente Celedonio Alvarez, Damasita Boedo, y una escolta de ocho tiradores. Anduvieron por las solitarias calles de Jujuy golpeando puertas “que no se abrieron”, hasta que por indicación del *delegado Aberastain*, que no quiso o no pudo albergarlos, fueron a la desocupada casa de Zenarruza en la cual, hasta el día anterior, habían parado el gobernador Alvarado y el doctor Bedoya. Eran las dos de la mañana cuando llegaron a lo de Zenarruza ⁽⁴⁾.

LA CASA DE ZENARRUZA

La casa se conserva aún, pero, su estructura está modificada. En 1841 tenía una distribución típicamente colonial: una gran puerta de cedro macizo daba entrada al zaguán de 10 varas de largo por 5 de ancho, que desembocaba a un primer patio; había un cuarto a cada lado del zaguán de entrada, que comunicaba con éste y con el patio; la gran sala y otro zaguán de las mismas dimensiones del primero, separaban al primer patio del segundo; la sala comunicaba con el comedor y con el dormitorio; más allá había otras piezas que daban también al segundo patio, pero sin comunicación directa con el cuerpo principal. Después del segundo patio, una gran entrada de arco daba a la caballeriza a la que seguía el amplio corral cercado por un alto muro de 8 varas de alto; una puerta trasera se abría en el muro, y daba salida a la calle lateral por un terreno o quinta no cercado ⁽⁵⁾.

Lavalle y Damasita Boedo se instalaron en el dormitorio (la “última de las piezas corridas”, dice Lacasa), Félix Frías y Lacasa en el cuarto del frente, a la izquierda del zaguán, y los soldados tendieron sus recados en el primer patio. Los caballos quedaron en la caballeriza o en el corral, y se dispuso un turno de centinelas para vigilar las puertas. Lavalle ordenó que se “recordaran” al toque de diana para seguir inmediatamente la marcha ⁽⁶⁾.

EL DRAMA

Lo ocurrido al amanecer lo cuentan Frías y Lacasa:

Frías le escribe a Rafael Lavalle (hermano del general) desde Potosí el 22 de octubre: “A las 6 de la mañana me recordé a los gritos de Lacasa, que se había asomado a la puerta de la calle llamando por el centinela y volvió gritando *los tiradores, los tiradores*. El general preguntó qué novedad era aquella. Lacasa le dijo que era una partida enemiga como de 30 hombres. Luego que supo el General que eran gauchos, dio orden de cerrar la puerta de calle y de ensillar a su escolta. El General me había visto dirigirme al segundo patio y fue tras de mí diciendo al oficial de guardia que guardara la puerta: *yo soy a salvarme por donde se ha ido Frías*.

El oficial le aconsejó que se ocultara, que él defendería la puerta. Había vuelto el General a encargar al oficial esto mismo, cuando la partida enemiga disparó tres

tiros a la puerta cerrada y huyó precipitadamente, temiendo que viniera sobre ella la fuerza nuestra, que debía alarmarse naturalmente al oír estos tiros. Pero desgraciadamente una de estas balas atravesó el pecho del General, que cayó y expiró en el acto sin hablar una palabra” ⁽⁷⁾.

El edecán Lacasa, que no debió conocer la carta de Frías, dice en su libro *Vida militar y política del general argentino don Juan Lavalle*, publicado en 1858: “El general Lavalle llegó enfermo (a la casa de Zenarruza) el abatimiento se había apoderado de su Animo al ver por el suelo todas sus esperanzas... A la madrugada el Comandante Lacasa (*emplea tercera persona*) oyó dar el *¡quién vive!* al centinela. Se levantó inmediatamente y al asomarse a la calle vio parada como a veinte varas de la puerta una partida de paisanos armados con la divisa que usaba el ejército enemigo. Visto por el oficial que la mandaba, se le íntima rendición. Incontiente dio la voz de *¡a las armas!* a los soldados acostados en el patio, y penetró precipitadamente a imponer al General lo que sucedía. Citaré literalmente (*toma aquí la primera persona*) mis palabras así como las pronunciadas por el héroe al llegar el instante cruel del martirio: *¡General! los enemigos están a la puerta. – ¿Qué clase de enemigos? – preguntó el General –. – Son paisanos. – ¿Como cuántos? – Veinte o treinta. – No hay cuidado entonces, vaya usted, cierre la puerta y mande ensillar, que ahora nos hemos de abrir paso.*

Inmediatamente se cerró la puerta y los soldados corrieron al segundo patio para tomar sus caballos. Me dirigí al cuarto del zaguán para tomar el freno en consecuencia de la orden dada, pero al inclinarme al suelo para tomarlo sentí el estrépito de algunos tiros que hicieron estremecer la puerta. Salí y encontré revolcándose en su sangre al primer soldado... General Lavalle. Una bala había atravesado su garganta: el tiro de un cobarde a través de una puerta vino a robar a la patria una de sus más bellas esperanzas.

“Tal fue la muerte del esclarecido General Lavalle, del jefe del primer Ejército Libertador en 1840. Ello tuvo lugar porque los tiros disparados a la puerta, con el objeto, sin duda, de echarla abajo, fueron dirigidos en el instante mismo en que el, general enfrentaba el zaguán para imponerse de lo que había. Cuando salí del cuarto, Lavalle caído en tierra y agonizante, había quedado con la cabeza hacia el zaguán, pero en el patio, precisa mente enfrente de la puerta que había sido traspasada por las balas enemigas” ⁽⁸⁾.

El historiador Adolfo P. Carranza corrige y completa el relato de Lacasa con la narración que “oyó a uno de sus oficiales (de Lavalle) en la cruzada, libertadora que salió de Martín García e hizo sus últimos disparos en la quebrada de Humahuaca”. Es lamentable que no diera el nombre de este oficial.

Este testimonio, cuyo valor relativo debe considerarse como *complemento y corrección* de Lacasa, lo he de llamar “tercer relato” para facilidad de mi exposición. La omisión del nombre no permite saber si lo produce un testigo presencial (como hubiera sido el teniente Celedonio Álvarez, el otro oficial presente) o alguien que se enteró del drama por relación directa o inmediata de quienes estuvieron en lo de Zenarruza:

Cuando el centinela corrió a dar cuenta al general de que había enemigos, Lavalle ya se había sentado en el catre en que descansaba, y poniéndose una bota, con calma dijo: *Vaya nomás, y que ensillen, porque nos hemos de abrir paso.* En esa actitud lo dejó el soldado, cuando se oyeron las detonaciones. Una bala dio a Lavalle en la horquilla del esternón. Los que allí se encontraban creyendo que se trataba de un ataque de fuerzas superiores, salieron por los fondos de la casa a incorporarse a las tropas que estaban en la Tablada. Impuesto el general Pedernera del funesto suceso, dio orden de ensillar y ponerse en movimiento hacia la quebrada de Humahuaca. Todo fue con precipitación. Habían marchado algunas cuadras

cuando alguien observó que no debía continuarse dejando abandonado el cuerpo del jefe querido: inmediatamente Pedernera hizo hacer alto y despachó al teniente López con diez hombres para que recogiese el cadáver. Este volvió al pueblo y levantó del zaguán, donde estaba como tendido, el cuerpo de Lavalle, y atravesándolo en su mula volvió al campamento. No está de más agregar que el general Lavalle, al ser herido, no murió instantáneamente: se arrastró algunos pasos con las ansias del último momento, sin duda tratando de cruzar el patio hacia su cuarto” (9).

ANÁLISIS

Ni Frías ni Lacasa, estaban presentes en el momento de caer muerto Lavalle. Frías estaba en el segundo patio. Lacasa en el cuarto del zaguán; el tercer relato hace un intervalo entre el momento en que *el centinela* (no Lacasa) habla con Lavalle y la descarga que lo mató; como el diálogo ocurre en el cuarto donde el general “estaba descansando”, y éste habría muerto en el zaguán o en el primer patio, quiere decir que no vio los últimos momentos de Lavalle – acabar de vestirse, salir al patio y llegar o enfrentar el zaguán – ni tampoco la posible agonía “arrastrándose hacia su cuarto”, a la que, se antepone un problemático *sin duda*. La mención del general vistiéndose en su catre, “actitud en que lo dejó el soldado”, pareciera dar a entender que esa fue la última vez que alguien lo vio con vida.

Para Frías, Lavalle *herido en el pecho* “expiró en el acto sin hablar una palabra”; Lacasa lo encuentra “agonizante” y “revolcándose en su sangre” por una *herida en la garganta*; el tercer relato, que alcanzado en la *horquilla del esternón* “no murió instantáneamente, arrastrándose, etc.”.

Si Frías, despertado por la alarma de Lacasa *¡los tiradores! ¡los tiradores!* (según Lacasa gritó *¡a las armas!*) oyó a continuación el diálogo de éste con Lavalle, necesariamente tuvo que haber seguido al edecán y entrado a la habitación del jefe. Presumiblemente así ocurrió; es comprensible que fuera, a enterarse del motivo de la inusitada alarma. Pero apenas sabido el motivo o la orden de *ensillar* (no oye la de *abrirse paso*), se va al segundo patio: siendo visto por el general “que fue tras mí”: es decir fue al *segundo patio* y allí debió estar al oírse la descarga. Es comprensible que Lavalle fuera tras él, porque había dado la orden de *ensillar*, y tenía que dirigir a sus soldados “que estaban ya en el segundo patio”.

No puede entenderse del relato de Frías cómo Lavalle, al tiempo de *ir tras él al segundo patio* pudiera dialogar con el oficial de guardia que cuidaba la puerta de entrada. Las pocas horas pasadas en lo de Zenarruza o la nerviosidad del drama, han confundido, sin duda, los recuerdos de Frías sobre la disposición de la casa. Porque no podía ser herido en el segundo patio. Ni tenía que pasar por el primero y enfrentar el zaguán para ir de su habitación al segundo patio. Tampoco pudo Frías oír (y por dos veces) dialogar al general con el centinela de la puerta, si ya estaba (Frías) en los fondos.

Pero lo más incomprensible es que Lavalle, después de haber dado la orden de *ensillar* dijera al centinela: *Yo voy a salvarme por donde se ha ido Frías*. No era para Lavalle el momento de *salvarse* (es decir “de fugarse”) cuando había dispuesto combatir; ni tampoco es muy comprensible que así se lo dijera a un centinela.

El relato de Frías da la impresión de que no atinó a otra cosa que a *salvarse* apenas supo que la casa era atacada. Ya veremos más tarde por qué.

Corrió al segundo patio o a la caballeriza para tomar su caballo y escapar por la puerta trasera; tal creyó que la orden de Lavalle de *ensillar* era algo así como un “sálvese quien pueda”, ya que nada dice en su relación de una complementaría

orden de combate; tal vez, presa del pánico atribuyó su mismo estado a todos, hasta a Lavalle. Es posible que lo tuvieron todos, menos Lavalle.

Tampoco el relato de Lacasa puede tomarse como versión exacta de lo ocurrido. Vio *veinte* o *treinta* paisanos armados que venían a tomar la casa y previamente le intimaron rendición (Frías le oyó decir *treinta*; después veremos que eran a lo sumo *catorce*, armados con cuatro tercerolas). Dio la voz de alarma a los soldados que dormían en el primer patio y corrió a informar a Lavalle *que estaba en el dormitorio* (puesto que Lacasa desde el patio “penetró precipitadamente a imponerle lo que sucedía”; si *penetró*, después de haber dado la alarma *en el patio*, es que penetró al dormitorio de general que Lacasa mismo señala como la última de las piezas corridas). Era lo lógico y lo corrobora la tercera versión explícitamente, aun cuando atribuye el diálogo al centinela: Lavalle “se sentó en el catre en que descansaba” al entrar el informante.

Al recibir Lacasa las órdenes de Lavalle: *cierre la puerta, mande ensillar, nos abriremos paso*, el edecán se dirigió a su habitación (que era la de, frente, junto al zaguán) para recoger su freno e ir rápidamente a ensillar a la caballeriza. Todo esto debió ser instantáneo: la orden *mande ensillar, nos abriremos paso*, exigía un necesario apresuramiento. Ahora bien: Lacasa oyó la descarga “estando en su cuarto recogiendo el freno”, es decir, al instante de haber dejado a Lavalle en su habitación (y según el tercer relato, sin terminar de vestir). ¿Cómo se explica la presencia del general, en ese preciso momento, en el zaguán o en el primer patio, para poder recibir la descarga en su cuerpo? Salvo que hubiera salido apresuradamente tras Lacasa, de lo que el edecán no se entera, y lo que se contradice con la calma de la expresión de Lavalle, “no hay cuidado” (calma que trae también el tercer relato). ¿Para qué habría de salir apresuradamente Lavalle tras Lacasa e ir al primer patio donde ya no había nadie? Su obligación era vigilar los soldados que estaban en el segundo patio, y disponer el contraataque. ¿Para “imponerse de lo que había” y confirmar personalmente el número y condición de los atacantes? Habría entreabierto una ventana del cuarto en que estaba Lacasa, pero en el zaguán con la puerta cerrada por su orden no podía imponerse de nada.

Ni Frías ni Lacasa mencionan la precipitada fuga por los fondos “creyendo en un ataque de fuerzas superiores”, al tiempo de dejar abandonado el cuerpo de Lavalle, que trae el tercer relato con detalles. Las cosas ocurrieron, efectivamente, como lo cuenta el anónimo corrector de Lacasa: el secretario y el edecán nada dicen del momento en que fue recogido el cuerpo del jefe, que si lo hubieran hecho ellos no lo habrían omitido. Ya veremos más adelante que esta fuga por los fondos, y la posterior orden de Pedernera para volver y recoger el cuerpo, están confirmadas por otros testimonios [\(10\)](#).

Es muy explicable que tanto Frías como Lacasa callaran una circunstancia que no, dejaba bien a quienes estaban con el general en lo de Zenarruza.

Desconcierta tan contradictorias e imposibles afirmaciones sobre cosas que necesariamente tuvieron que quedar grabadas en los testigos del drama. No basta con suponer que todos – salvo Lavalle – estuvieron dominados por la impresión que les produjo la inesperada llegada de los federales. Ni aún así puede incurrirse en contradicciones y errores tan grandes: el tema de la extraña muerte del jefe debió tocarse incesantemente, y por lo tanto aclararse las falsas impresiones, en la larga marcha a Bolivia a través de la quebrada. Más bien deja la impresión de una actitud contraria: que no se habló nunca, o muy poco, de la muerte del general.

LO QUE DICEN LOS FEDERALES: PARTE DE BLANCO Y CARTA DE ORIBE

La partida que hizo la descarga contra la casa de Zenarruza estaba mandada por el comandante Fortunato Blanco. Este pasó el mismo día - 9 de octubre - su parte al coronel Arenas, de quien jerárquicamente dependía, el cual lo transmitió a Oribe: "Aunque hace un momento que había pasado a V. S. parte verbal, por falta de papel, por conducto del ciudadano D. Florencio Ramos, dándole cuenta del suceso que ha tenido lugar en la madrugada de este día, tengo la satisfacción de hacerlo ahora por escrito.

Habiendo llegado poco antes de amanecer al punto de San Pedrito, mandé al citado D. Florencio Ramos, en compañía de un miliciano, al pueblo con el objeto de que indagara el estado en que se hallaba éste y me diera oportuno aviso. Regresó a darme cuenta que, por relación que le habían hecho algunos individuos del pueblo, no había fuerza enemiga, y como la orden de V. S. fue la de sorprender la casa de Zenarruza en donde estaba alojado el salvaje unitario Elías Bedoya, me dirigí a ella con el objeto de cumplir la orden de V. S., y habiéndome aproximado a la puerta salió un oficial a ella, al que intimé se diera preso. En el momento dicho oficial cerró la puerta, con cuyo motivo mandé echar pie a tierra a los cuatro tiradores que traía, ordenándoles hicieran fuego a la cerradura de la expresada puerta, lo que verificaron en el acto saliendo solo tres tiros. En ese mismo instante recibí aviso por el ayudante D. Juan M. Ruiz (a quien por precaución había mandado antes de entrar a la plaza, que marchara por los extramuros con el objeto de explorar si había una fuerza enemiga) de que se hallaba en efecto una fuerza en la banda del Río Chico, acampada en los Tapiales de Castañeda. Con tal motivo, y como mi fuerza sólo se componía de cuatro tiradores y cuatro lanceros, tuve a bien retirarme en el acto a la banda del Río Grande, de donde mandé al capitán Don Matías Baca, acompañado del oficial de igual clase D. Antonio del Portal, quienes regresaron muy luego con el aviso de que, según les habían dicho algunas personas del pueblo, de resultas de los tres tiros había muerto el salvaje unitario Lavalle, el mismo que había llegado a las dos de la mañana y se había alojado en dicha casa, y D. Manuel José Corte oyó decir a unos oficiales que el dicho salvaje unitario había muerto; y en fin, señor Coronel, el último resultado es que medio pueblo de Jujuy había visto sacar el cadáver de la citada casa con la cara tapada, y que cargado en un caballo se lo habían llevado los enemigos. Dejaría de cumplir con mi deber si pasase en silencio el entusiasmo y valor con que se han portado el capitán de línea D. Angelino Gutiérrez, los capitanes D. Matías Baca, Don Antonio del Portal, Don Marcos Ruiz, ayudante D. Juan M. Ruiz, como asimismo el ciudadano Florencio Ramos y los ocho milicianos. Dios guarde a V. S. muchos años. – Fortunato Blanco" ⁽¹¹⁾.

Advertimos que Blanco sin sospechar la presencia de Lavalle con su escolta en la casa, ordenó a sus cuatro tiradores "que hicieran fuego a la cerradura", retirándose al instante. Solamente sabrá "por el dicho de algunas personas del pueblo", que esos tiros mataron a Lavalle, noticia confirmada por "medio Jujuy" que había visto sacar el cuerpo. Pero en ningún momento dice que vio *la puerta atravesada por los tiros*, cosa que desde luego no habría dejado de comprobar para corroborar que fueron sus accidentales disparos los que dieron muerte a Lavalle; simplemente se remite a la voz popular "de resultas de los tres tiros había muerto, etc.", por lo que pudiera significar de mérito para él y los suyos.

Oribe, informado por el coronel Arenas de la muerte de Lavalle, escribe a Pacheco el 13 de octubre: "Los detalles de este importante suceso (la muerte de Lavalle) son curiosos y los daré a Ud. brevemente. Lavalle llegó a Jujuy con veinticinco hombres, dejando lo demás de su fuerza, que según cartas suyas que están en poder del Ilustre Restaurador alcanzaba a doscientos, en los extramuros.

Apeó en la casa de un Zenavilla donde creyó encontrar al salvaje unitario Elías Bedoya, y metió adentro, a los fondos, toda su escolta y caballos, Ahora bien, el coronel de Jujuy, Don Domingo Arenas había mandado al pueblo una partida de ocho hombres, con el teniente coronel Fortunato Blanco, a sorprender y capturar en la misma casa a Bedoya. Llega a ésta, encuentra del lado afuera de la puerta a un oficial o asistente de Lavalle con divisa celeste: le da la voz de preso (es de advertir que ellos no sabían que estuviese allí Lavalle ni sus veinticinco hombres), aquel recula precipitadamente, entra y cierra con llave la puerta. Blanco entonces hace apearse sus cuatro tiradores y descargar a la cerradura para hacerla saltar. Al ruido venía Lavalle a la expresada puerta, y al llegar a ellas dos balas que la atraviesan, le atraviesan también el pecho. Huyen los nuestros luego que dispararon, temiendo ser sentidos por la fuerza de extramuros, sin sospechar el provecho de sus tiros. Huyen también los salvajes y un hombre quedaba tendido en aquella casa: éste era el malogrado Lavalle. Al rato volvieron diez de los suyos y lo llevaron en una carga de petacas” (12).

Para Oribe “dos balas *que atraviesan la puerta* le atraviesan también el pecho (de Lavalle)”. Lo de *dos balas* es una fantasía de Oribe, porque el parte de Blanco nada dice; *que atraviesan la puerta* es una consecuencia lógica del parte de Blanco, porque la única manera de herir de un disparo a un *hombre, que está del otro lado* de una puerta cerrada, es *atravesándola*. Pero Blanco *no ha mencionado ninguna puerta atravesada*. Ha dicho dos cosas que le constan positivamente: que ordenó disparar contra la cerradura, y que *medio Jujuy* ha visto el cadáver de Lavalle. Y ha dejado la relación de ambas “al dicho de algunas personas del pueblo”. De allí deduce Oribe, como lo haría cualquiera, “que al ruido venía Lavalle a la expresada puerta, y al llegar a ella dos balas que la atraviesan, etc.”.

La descarga contra la puerta, y el movimiento de jinetes que huían – tanto federales como unitarios – debieron alarmar a la pequeña población. Téngase en cuenta que la hora – 6 de la mañana – no puede considerarse como excesivamente temprana para la estación. En esa época de costumbres frugales, *medio Jujuy* debió ver la doble fuga, así como el posterior regreso del teniente López con sus diez hombres para cargar el cuerpo de Lavalle.

Este tuvo que quedar bastante tiempo en la casa abandonada, Más de una hora posiblemente debió pasar entre la huída de la escolta y la llegada del teniente López. En ese intervalo muchos curiosos entraron a la casa, situada en el centro mismo de la ciudad, a pocas varas de San Francisco – el “medio Jujuy” que dice Blanco –; uno de éstos fue don José Félix Álvarez Prado, de larga actuación posterior en la vida provinciana:

“En esa fecha (1841) era yo concurrente a la escuela que funcionaba en la iglesia de San Francisco, y vivía a media cuadra de la casa de Lavalle. Vi personalmente a la partida que sorprendió al general, la que después de haber hecho una descarga a la puerta de calle, emprendió marcha por la misma calle en dirección a Río Grande, la que no fue alcanzada por la escolta que salió luego en su persecución. Inter regresó la escolta, varios curiosos entraban al patio de la casa, porque la puerta quedó abierta, y entre éstos yo también entré y vi muerto al general” (13).

Estos vecinos informaron a Blanco de la muerte de Lavalle. Por eso Oribe puede anunciarla con *completa* seguridad, no obstante haber llevado el cuerpo consigo sus amigos hacia Bolivia.

LAS “CLASIFICACIONES” DEL SOLDADO BRACHO Y DEL COMANDANTE BLANCO

Tengo copia de las “clasificaciones” de dos de los principales actores en la descarga contra la puerta: la del soldado José Bracho, que se atribuyó el tiro que dio muerte a Lavalle, y la del comandante Blanco, cuyo parte ya hemos visto.

El 14 del mes *de América* (mayo) del año 12 de la Confederación (1842), *José Bracho*, soldado del regimiento “Escolta Libertad”, porteño, como de treinta años, domiciliado en el barrio de la Piedad, de color pardo, dice en la “clasificación” que le toma Antonino Reyes: “... Que con el capitán Angelino Gutiérrez, del que era asistente, se agregó a una partida que comandaba el señor teniente coronel D. Fortunato Blanco. Que llegaron a Jujuy, en donde mandó el señor teniente coronel Blanco a un hombre que averiguase en qué estado se encontraba el pueblo y dónde habría armas, municiones y caballos. Que éste regresó trayendo noticias de dónde había armas y caballos, y de que el pueblo estaba tranquilo. Que esto era muy de madrugada, y que siguió el comandante Blanco con la partida, que era de doce hombres, por la calle del Comercio. Que de la plaza de Jujuy, a las dos cuadras de la misma calle doblando como para una iglesia, vieron a un hombre a la puerta de calle, de gorra chata de las mismas que traían los salvajes unitarios. Que atropellaron a la puerta, y entonces el señor teniente coronel Blanco gritó al hombre que quién era. Que contestó: *¡Soy un asistente del general Lavalle!* Que habiendo preparado el clasificado y los otros tiradores sus tercerolas, corrió este salvaje unitario para adentro de la casa, y en el acto salió el traidor salvaje unitario Lavalle abrochándose la cartera de la camiseta. Habiéndole gritado el señor comandante Blanco: *¡Date preso salvaje unitario y rendite!*, cerró dicho salvaje unitario de golpe la puerta. En el acto mandó el señor comandante que echasen abajo la puerta, lo que efectuaron los cuatro tiradores a balazos, errando fuego una tercerola de uno de ellos. Pero él tuvo la sin igual suerte de haber dirigido su tiro por la cerradura de la puerta, con cuya bala hirió mortalmente al salvaje, pegándole por debajo de la barba en el pescuezo. Que en este momento vino un bombero y les avisó que una fuerza como de trescientos cincuenta salvajes unitarios, que estaban a seis cuadras del suceso, estaban ensillando caballos a toda prisa para perseguirlos, por lo cual montaron a caballo y se retiraron hasta que atravesaron el río de Jujuy. Que de este paraje vieron el desorden de los salvajes unitarios, y oyeron decir que llevaban el cuerpo del salvaje unitario en unas cargas” ⁽¹⁴⁾.

Rosas ordenó darle un premio a Bracho – 13 de noviembre de 1842 – que después de haber tomado parte en casi todas las campañas de la Confederación, desde 1829 en adelante (y en comisiones tan peligrosas como la de *vichador*, o en partidas avanzadas en territorio enemigo), seguía aún como soldado raso. Fue ascendido a teniente de caballería con antigüedad al día de la muerte de Lavalle, ordenó el pago de sus sueldos desde esa fecha, lo proveyó de un vestuario completo de oficial y fue gratificado con largueza: dos mil pesos moneda corriente en efectivo, un boleto de tres leguas de tierra, seiscientas cabezas de ganado vacuno y mil lanares. Su “clasificación” fue publicada en la *Gaceta Mercantil* para que “su lealtad y coraje sirviera de ejemplo”.

Pero este decreto de premios no se cumplió, a lo menos íntegramente. Consta en los libros de Contaduría que la única entrega que se le hizo fue por los sueldos de teniente hasta noviembre de 1842 ⁽¹⁵⁾. Todo lo demás quedó “suspendido”, y tampoco Bracho entró en la efectividad de su grado, ni tuvo su uniforme de oficial para pavonearse por el barrio de la Piedad. Algo debió haber llegado a las autoridades de que Bracho exageraba su actuación: posiblemente una nota de Oribe, semejante a la transcrita carta a Pacheco en el sentido de que *ninguno de la partida supo*, hasta después de la retirada de la fuerza unitaria, que la descarga había terminado con el jefe unitario.

Paso bastante tiempo, y en setiembre de 1847 en lugar de Bracho es recompensado el jefe de la partida, ascendido a teniente coronel efectivo de Caballería de Línea con antigüedad al 9 de octubre de 1841 (día de la muerte de Lavalle).

Cuatro años después, el 21 de octubre de 1851, se toma la “clasificación” de Fortunato Blanco, vecino de Buenos Aires, militar, de 43 años, casado, hijo legítimo del doctor Gabino Blanco, camarista, y de Josefa Martínez de Ituarte. En la parte que nos interesa dice así: “Que habiendo andado toda la noche en el amanecer del 9 de octubre de 1841, con el capitán Angelino Gutiérrez, el ciudadano federal Florencio Ramos y una corta partida de cuatro milicianos, llegó a Jujuy para hostilizar a los salvajes unitarios. Que a una legua de distancia hizo alto, y mandado al pueblo a que averiguasen si había entrado el salvaje unitario Juan Lavalle y todo lo demás que pudiera ser conveniente. Que en el trayecto se le había reunido el capitán don Matías Vaca con cuatro o seis peones armados con lanzas y el capitán Don Antonio del Portal, los oficiales Don Marcos y Don Juan Ruiz. Que le trajeron el informe de que el salvaje unitario Juan Lavalle no había entrado a Jujuy, pero que estaba acampado en Cuyaga (una legua distante del pueblo), como también de que en la casa del titulado gobernador salvaje unitario Roque Alvarado había algunas armas y municiones, y que el mencionado salvaje unitario se había retirado para Bolivia el mismo día. Que siguiendo su marcha hasta el río Chico, orillas del pueblo, hizo alto y mandó a uno de sus oficiales que acompañado de dos milicianos se pusieran en el camino que debía traer el salvaje unitario Lavalle y que si hubiera novedad le diesen parte inmediatamente... Que entró al pueblo disponiendo que cuatro milicianos al mando del capitán Angelino Gutiérrez, fueran como vanguardias, y el resto (ocho con los oficiales) marchó a retaguardia y una cuadra de distancia... Que la dirección que les señaló que tomasen era directamente a la casa del titulado Gobernador, con el objeto de sacar las armas y municiones para armar una corta partida (pues solo cuatro de sus hombres tenían tercerolas). Que en la esquina de San Francisco doblaron precipitadamente a la izquierda, y preguntándoles la causa, el capitán Portal que había ido a la vanguardia le dijo: *El general Lavalle está aquí*, señalando con el dedo al salvaje unitario asesino Lavalle, que en actitud quijotesca estaba parado en la puerta de calle de la casa, y como a distancia de treinta pasos. Entonces el declarante desenvainó el sable y se dirigió hacia él al trote, diciéndole: *¡Rendite... ajo!* Que, sorprendido, se entró para adentro precipitadamente y cerró la puerta. En virtud de lo que el declarante gritó a la partida: *¡Tiradores: pie a tierra!*, lo que verificaron, y mandando formar al frente de la puerta y les mandó hacer fuego a la puerta, lo que hicieron después de haber errado fuego dos veces todas las tercerolas, y a la tercera salieron solamente tres tiros. Que acto continuo mandó cargar el último cartucho que tenían para continuar el fuego, y en esto llegó el oficial Ruiz, y le dio el parte que el campo enemigo estaba en los “Tapiales de Castañeda” y que montaban ya a caballo. Que entonces mandó montar a los tiradores, y se retiró al trote pasando a la banda del Río Grande, en donde hizo alto. Que sería como distante del pueblo unas ocho cuadras. Que viendo el declarante que se retiraba el enemigo, regresó al pueblo y tuvo la gloriosa noticia de que uno de los tiros que hizo su gente causó la precisa muerte de este traidor” ⁽¹⁶⁾.

Estas “clasificaciones” no pueden tener otro valor histórico que aclarar o ampliar el primitivo parte de Blanco, hecho el mismo día de la muerte de Lavalle. La presencia del general unitario en la puerta de calle es una confusión en Bracho, y una fantasía en Blanco para exagerar su actuación. Es también absolutamente imposible (lo veremos en su lugar) que Bracho pudiera “dirigir su tiro por la cerradura de la puerta”, y mucho menos ver el efecto de su tiro a *través de la*

cerradura que “hirió mortalmente al salvaje, pegándole por debajo de la barba en el pescuezo”. Debe tenerse en cuenta, además del interés en atribuirse el mayor mérito posible, que Bracho es “clasificado” a los *siete meses* y Blanco a *los diez años* de ocurrido el episodio.

En el parte de Blanco se da un total de *catorce* hombres a la partida, que se reducen a *trece* en ambas “clasificaciones” (comprendidos milicianos, oficiales, “ciudadanos” y jefe). Se confirma que solamente *cuatro* llevaban armas de fuego, y que éstas eran *tercerolas* de tan mala calidad que fallan por dos veces el tiro, y a la tercera solamente tres de las cuatro armas funcionan. En su “clasificación” Blanco olvida que había ido a prender al doctor Bedoya, y dice – coincidiendo con Bracho - que “iba a casa del titulado Gobernador (que era la de Zenarruza, donde también paraba Bedoya) con el objeto de sacar las armas y municiones para armar una corta partida”. Es muy posible que fuera a Jujuy a prender a Bedoya, pero que informado al llegar a la ciudad – como dice en su “clasificación” – que Bedoya y Alvarado estaban prófugos, pero que en su casa “había algunas armas y municiones” a apoderarse de ellas.

¿PUDO UN TIRO DE TERCEROLA ATRAVESAR LA PUERTA?

Si la partida federal dirigió tres tiros de *tercerola* para hacer saltar la cerradura, ¿es posible que alguna hubiera atravesado la puerta para herirlo de muerte a Lavalle? Si así fuese, Blanco no omitiría en su parte *la puerta atravesada*. Pero no es posible: la *tercerola* o carabina era un arma de chispa, de avancarga, de bastante limitado alcance y fuerza de penetración: tenía un caño liso de 18 mm. de calibre, y disparaba una bala esférica de 17 mm. de diámetro por medio de una carga variable de pólvora negra. Es de presumir que la carga de pólvora de las tercerolas de Blanco no sería nada famosa, pues andaba tan escaso de municiones que, después de disparar un único tiro “mandó cargar el último cartucho”.

Una puerta de macizo cedro tucumano como la de la casa de Zenarruza difícilmente podría ser atravesada por una bala de fusil; menos por la de una tercerola. Es una plancha sólida donde los proyectiles de las malas carabinas de la partida apenas pudieron hacer estragos en su superficie. Esto lo sabía el soldado Bracho, y por eso aseguró haber disparado a través de la cerradura, única posibilidad de jactarse de la muerte de Lavalle.

La puerta de la casa de Zenarruza quedó en Jujuy muchos años, hasta 1886 más o menos. En esa época fue traída a Buenos Aires, y estuvo en el antiguo Parque de Artillería de la plaza Lavalle, entiendo que expuesta a la intemperie y poco menos que abandonada. Más tarde fue conducida al Museo Histórico, donde se encontraba hasta hace poco, en que fue trasladada a Jujuy nuevamente.

Es una imponente mole de 3m30 de altura por 2m15 de ancho, en dos hojas, de espesor considerable: 50 mm. en los marcos y cruceros, y posiblemente mayor en los tableros que han sido renovados.

Tiene las siguientes particularidades:

a) En la hoja de la derecha un huraco de 5 cm, de diámetro, a 1m20 de altura del suelo, con huellas y trozos de clavos, que corresponde a la cerradura arrancada hace mucho tiempo;

b) más arriba dos huracos en línea, de arriba a abajo, de 2m50 de diámetro: el de abajo tapado con un trozo de hierro sólidamente unido a la madera y cortado del mismo espesor de la puerta: son huellas de un antiguo aldabón, que fijado en el huraco superior sonaba contra el trozo de hierro;

c) a unos 10 cm. por debajo del hueco de la cerradura, un agujero en forma de embudo de bordes irregulares y desgastados de unos 2 cm. de diámetro en la cara anterior, angostándose en dirección oblicua hasta el orificio de salida de 8 mm. de diámetro;

d) 6 cm. por debajo del anterior dos hendiduras, una junto a la otra, de 1 cm. y 1m50 de profundidad, de bordes muy gastados. Entre c) – d) está saltada la madera;

e) a 2m50 de altura una perforación de 1 cm. de diámetro, posiblemente carcoma de “polilla”, cuyos deterioros se ven en toda la puerta;

f) junto al marco lateral, a alturas regulares de arriba abajo, cuatro huracos con señales de clavos, que debieron corresponder a los goznes;

g) el astillado saltado en diversas partes;

h) las dos molduras inferiores son de fábrica reciente, indudablemente hechas en el Museo para “reparar” la puerta. Estas molduras están entre los 80 y 30 cm. del suelo.

En la hoja izquierda:

a) Agujero de, 2m50 de diámetro a 1m20 de altura, y a 1m10 a la izquierda de la cerradura: por su diámetro regular y sus bordes debió sostener una argolla de hierro;

b) remiendo junto al marco, que consiste en un tabla de 70 cm. de alto por 58 cm. de ancho, empieza a la altura de 50 cm. del suelo: es una “reparación” de hace pocos años;

c) junto al marco lateral las mismas señales de goznes que en la otra hoja;

d) astillado saltado y daños de “polilla” en toda la extensión;

h) las dos molduras inferiores, como en la otra hoja, son “reparaciones” recientes.

En conclusión: la puerta no presenta señales de *perforaciones* debidas a balas. (Si las hubo en el lugar “remendado” por algún director más celoso de la buena apariencia que del valor histórico, es cosa que nunca se sabrá.) La señalada con la letra c) de la hoja derecha es, posiblemente, la huella de un proyectil que quedó incrustado en la madera y fue extraído en fecha ya remota; el orificio de salida en la cara posterior ha sido hecho a cortaplumas u otro instrumento cortante para convertir el deterioro en “mirilla”; este *orificio*, de 8 mm. de diámetro, en ningún caso pudo producirlo una bala de tercerola, de 17 mm. Las señaladas con la letra d), dos fuertes hendiduras que no atraviesan la madera, también pueden ser huellas de proyectiles extraídos.

Es presumible que estas tres señales (la de c) y las dos de d) correspondan a la descarga que hizo la partida “contra la cerradura”. Fueron *tres* los tiros disparados, y la posición de estas tres huellas, exactamente bajo la cerradura a 10 y 16 cm. del huraco, convienen al propósito de “hacer saltar la cerradura”. Debe tenerse en cuenta que la caja de la cerradura debió sobresalir varios centímetros del huraco.

Por supuesto que es una presunción. Lo que puede afirmarse con certeza es que la puerta “tal cual está” *no presenta perforaciones de proyectiles*. Presenta, eso sí, debajo de la cerradura huellas que pueden presumirse fueron de proyectiles que se incrustaron en la madera y que han sido extraídos en fecha ya remota.

¿FUE UN TIRO POR LA CERRADURA?

El soldado Bracho, sabedor de que un tiro de su tercerola no podía atravesar una puerta de cedro, del espesor de la jujeña, o por no encontrar la puerta atravesada, declaró en su “clasificación” que su tiro fue “a través de la cerradura”.

Es imposible. Si la puerta estaba *cerrada* (como coinciden todas las declaraciones, y puesto que Blanco ordenó “echarla abajo”), *la llave estaría en la cerradura*, sin permitir el paso de una bala. No tiene explicación que Lacasa, o quien fuera, cerrara la puerta y retirara la llave.

Aunque la llave no estuviera en la cerradura, es imposible que una bala de tercerola acertara a enfilarse por el ojo de la misma. Una bala de tercerola tiene un diámetro de 17 mm. a lo menos (el calibre del arma es de 18 mm.). No puede conocerse el diámetro del ojo de la cerradura de lo de Zenarruza, desaparecida hace tiempo. Por la medida habitual en las llaves de la época, cuyas cañas tienen un diámetro de 17 mm. a lo más, el ojo de llave no debió ser mayor de 18 mm.

Está fuera de toda posibilidad acertar a un blanco así. Debe tenerse en cuenta que la bala de 17 mm. debió recorrer todo el ojo de la cerradura de 18 mm. en una extensión mayor de 50 mm. (calculando el largo de la puerta) sin desviarse un milímetro de su línea.

Pero, suponiendo que Bracho, o la casualidad, hiciera tal proeza: la dirección de ese tiro no habría podido herir a Lavalle en el “pescuezo”. La cerradura se alza a 1m20 del suelo; no había entonces umbral, pues la puerta daba entrada a carruajes, como es fácil confirmarlo por su anchura, la anchura de ambos zaguanes, y la disposición de la caballeriza; Lavalle era un hombre más bien alto, de 1m74 más o menos; no existía desnivel entre la altura de la calle, la puerta y el patio (por supuesto que no había veredas). Solamente si Bracho hubiera tirado “rodilla en tierra” habría podido hacer la proeza de enfilarse el tiro por el ojo de la cerradura; pero Lavalle debió poner también “rodilla en tierra” para recibirlo en el “pescuezo”.

Por lo tanto: *la bala que mató a Lavalle, tampoco pudo entrar por el ojo de la cerradura de la puerta de calle.*

COMO OCURRIERON LOS HECHOS

He expuesto, con deliberada minuciosidad y correspondiente examen crítico, todo el material que existe para reconstruir el hecho: relatos de Frías, Lacasa, “tercer relato”, partes y clasificaciones de Blanco y de Bracho; examen de la puerta de calle, etc. Voy ahora a armonizar ese material y reconstruir lo que ocurrió esa mañana en Jujuy.

La pequeña partida federal mandada por el comandante Blanco era una fuerza de avanzada (compuesta por cuatro soldados con tercerolas, cuatro peones armados a lanza y algunos “oficiales”) que se acercó a Jujuy al amanecer del 9 de octubre para prender al doctor Bedoya; pero informado su comandante de que el doctor Bedoya había huido y de que en Jujuy no había enemigos, dispuso apoderarse de armas que supuso habría en la casa abandonada por Bedoya. Con las debidas precauciones entró a la ciudad (eran las seis de la mañana) y encontró en la puerta de la casa a un soldado enemigo (supo que era “enemigo” por alguna prenda del uniforme: el pantalón, la divisa o la gorra chata). El soldado, que era un *centinela*, informó al edecán Lacasa, quien salió a la calle sin terminar de vestirse. Sin sospechar el comandante Blanco que estaba ante una fuerza enemiga, y creyendo posiblemente que tanto el oficial como el soldado eran dispersos del ejército unitario, intimó rendición a Lacasa. A lo cual éste (que en ningún momento debió darse a conocer como edecán de Lavalle, puesto que Blanco – en su parte – solo sabía *después* su presencia en Jujuy) entró en la casa y cerró la puerta con llave. Entonces el comandante Blanco ordenó “hacer saltar la cerradura” por sus cuatro tiradores, que

pusieron pie a tierra y a muy corta distancia dispararon sus armas a la parte inferior de la caja de la cerradura: las tercerolas fallaron por dos veces, y a la tercera salieron tres de los cuatro tiros. No debió ser una *descarga* a la voz de orden, sino tiros individuales, y lo suficientemente espaciados para que Frías “oyera tres tiros”. Acto seguido el comandante Blanco supo que a pocas cuadras estaba acampada la fuerza unitaria y emprendió apresuradamente la retirada.

Veamos lo que pasó en lo de Zenarruza. La pequeña escolta había llegado a las dos de la mañana (el parte de Blanco confirma el relato de Lacasa, en contra de Frías) y Lavalle y su comitiva estaban durmiendo cuando se hizo presente la partida federal. Lacasa, después de investigar lo qué ocurría en la calle, entró apresuradamente y, claro está, cerró la puerta. Atravesó corriendo el primer patio, al tiempo que daba a fuertes voces la alarma a fin de despertar a los soldados (acostados en el primer patio); también se despertó Frías, que dormía con Lacasa en el cuarto del zaguán y siguió a éste al dormitorio del general. Lavalle recibió en la cama el informe de Lacasa y dio la orden de *cerrar la puerta, ensillar inmediatamente y abrirse camino a través de ella*. La puerta ya la había cerrado el propio Lacasa (como dice el parte de Blanco). De cualquier manera quedó cerrada.

Nadie en lo de Zenarruza creyó en la presencia accidental de una pequeña partida de doce o catorce hombres armados con cuatro tercerolas. Lacasa gritó *¡Los tiradores!, ¡los tiradores!* (como lo oyó Frías) para dar la alarma a los soldados acostados en el patio: en su breve salida a la calle había visto algunas tercerolas, y creyó que toda la partida era de *tiradores* vestidos de paisanos. Informó a Lavalle que eran *veinte* o *treinta* (Frías le oyó *treinta*).

Ninguno supuso que esa partida ignoraba la presencia de Lavalle y de su escolta, como también la proximidad de las fuerzas unitarias. Debieron entender, muy fundadamente, que el ejército federal, conocedor de que Lavalle estaba en la ciudad venía a tomarlo. Los *veinte* o *treinta* paisanos armados tenían que ser la vanguardia de fuerzas muy superiores: de otra manera no se atreverían a ir a prender a un hombre de la fama de Lavalle, a quien tenían que saber acompañado de una escolta bien armada y montada. El gesto de Blanco exigiendo rendición a Lacasa (en realidad sin saber quiénes ni cuántos estaban en lo de Zenarruza) y su actitud de, ordenar “abrir la puerta a balazos” dejaba lugar a pocas dudas.

Fuera de Lavalle que, sereno ante el peligro, da sus órdenes en calma al tiempo de ponerse las botas, todos los demás perdieron la cabeza. Debe entenderse que la orden de Lavalle era “ensillar para abrirse paso”, aunque Frías no oyó esta última. *Abrirse paso* por la puerta del frente, y no huir por la trasera. De cualquier manera, el general supuso que ambas estarían cercadas. De otra manera no se le intimaría rendición.

El terror fue de todos, menos de Lavalle. No hay pánico más irreprimible que el causado por una sorpresa; esos soldados eran indudablemente valientes, pero hay momentos en que no puede tenerse control de los actos. Por otra parte, los nervios de todos estaban agotados, y las últimas marchas habían sido agobiadoras; la moral también estaba deprimida al grado máximo. Agreguemos un posible resentimiento contra la actitud del jefe que aún no se resignaba a abandonar la lucha y obraba con una completa despreocupación de la realidad. Al fin y al cabo había sido por su deseo de “pasar la noche en una cama” que los había separado de las demás fuerzas, y expuesto al enemigo cuando los informes coincidían en que “la ciudad no era segura”.

En esa guerra no se hacían prisioneros: el dilema era escaparse o morir. Félix Frías debió ser el primero en “salvarse” a la desesperada por la puerta trasera y lo debieron seguir casi todos. Nadie pensó que la puerta trasera podía estar cercada, nadie pensó nada sino huir; no hay nada más contagioso que el miedo. Muy pocos

quedaron en la casa cuando ocurrió la muerte instantánea del general por un solo disparo que entró por la garganta, arriba del esternón, y fue a alojarse en el corazón.

CONJETURAS

Si los disparos de tercerola que hizo la partida no pudieron atravesar la puerta ni penetrar por la cerradura, ¿de qué arma salió el tiro que mató a Lavalle? ¿Pudo serlo por un disparo alevoso hecho desde alguna ventana? Es la tesis que sostuvo el historiador Martín V. Lazcano. Ante la imposibilidad de atravesar la puerta o la cerradura, supuso que alguno de los *tiradores* de Blanco no obedeció la orden de “saltar la cerradura” y corriéndose junto al paredón sur del edificio disparó contra Lavalle *desde la ventana de la sala*.

Esta tesis no es admisible: Blanco dice bien claro que los cuatro tiradores dispararon contra la cerradura “saliendo tres de los cuatro tiros”. Si alguno de ellos corrió unos quince metros y tiró desde la ventana contra uno de los que estaban en la casa - aunque no supiera que era Lavalle - no tendría el parte de Blanco por qué no expresarlo. Ni el soldado dejar de jactarse por haber muerto a Lavalle, cuando supo a quién había herido. Hubiera cobrado el premio con justo motivo y Bracho no habría recurrido a la fantástica leyenda del tiro a través del ojo de la cerradura.

Por lo tanto: si el disparo no fue de ninguna tercerola de la partida federal: *el arma que mató a Lavalle debió encontrarse en la casa*. Pero ¿dónde estaba y quién la manejó?

Ninguno de sus compañeros de lucha, desde luego. Frías y Lacasa eran sus grandes amigos y sus devotos admiradores, los de la escolta eran de confianza y leales. Si alguno de los soldados de Lavalle lo hubiera muerto, por venganza o desesperación, habría sido ajusticiado allí mismo o en el campamento de los *Tapiales* por sus otros compañeros. A pesar de la derrota y de muchas cosas, era grande el culto de todos hacia el general. En el caso de haber podido huir, se habría jactado de un acto que lo valoraba ante los federales. Y desde luego, los compañeros de Lavalle no se habrían visto obligados a sostener la leyenda de la muerte por la descarga contra la cerradura.

¿Damasita Boedo?... Tampoco este melodrama romántico es aceptable. Es cierto que Lavalle había fusilado por federales a su hermano y a su tío, y que fue justamente al pedir gracia por estos, que el general conoció en Salta a la hermosa niña. Pero ambos habían conspirado, y Lavalle no podía perdonar por la índole cruenta de la guerra y la necesidad de mantener su autoridad con fuertes escarmientos. Si Damasita Boedo hubiera sido una Judith federal, no habría acompañado el cadáver de Lavalle hasta Bolivia ni habría sido respetada como lo fue por el general Pedernera y todos los compañeros de Lavalle. La niña debió amar al valeroso y desventurado guerrero más allá de sus afectos de familia y de su posición en la sociedad salteña, para seguirlo en la desesperada gesta final de la campaña unitaria.

He agotado todas las posibles conjeturas. No queda más que una: la del cóndor ciego.

II

EL CÓNDOR CIEGO

"VIL TRAIADOR..."

Una leyenda de los indios jujeños, recogida por Julio Costa ⁽¹⁷⁾, dice que Lavalle fue un indio rubio, al que sus compañeros sacaron los ojos e hicieron volar como *al cóndor ciego*. Sacar los ojos a un cóndor es un juego brutal de los indios de la quebrada: el ave remonta recta en busca de una luz que no encuentra, vuela cada vez más alto, más allá de los montes y de las nubes, sin ver nada, sin poder hacer pie, sin contar con nada más que su impulso de acero. Hasta que la desesperación porque comprende que le han quitado la luz para siempre, la hace precipitarse desde la inmensa altura para caer muerta muy cerca del sitio donde la remontaron sus bárbaros cegadores.

Lavalle nada quería saber con unirse a los franceses que agredían a su patria en 1838. El héroe de Río Bamba defendería su bandera, aunque el gobierno estuviera en mano de sus enemigos políticos. En su retiro de Mercedes, República Oriental, seguía las alternativas del conflicto entre Francia y la Confederación, que indignaba su patriotismo. Cuando la escuadra invasora bombardeó y tomó Martín García, no callaría su entusiasmo ante la gallarda actitud del joven comandante Gerónimo Costa, “que se había batido en *heros*”, dando una bella lección de coraje criollo a los franceses. Temía que su Argentina, gobernada por Rosas, demasiado cauteloso y frío, no contestara con la debida altivez a las insolencias del cónsul Roger y a la prepotencia del almirante Leblanc ⁽¹⁸⁾. Como Juan Cruz Varela, pensaba Lavalle de Rosas en 1838:

*Ah! si tu tirano supiera siquiera
reprimir el suelo de audacia extranjera
y vengar agravios, que no vengará...!*

donde el poeta unitario culpaba a Rosas no acordarse bastante de Martín García:

*Y ahora extraña flota la doma, la oprime,
tricolor bandera flamea sublime
y la azul y blanca vencida cayó! ⁽¹⁹⁾*

Lavalle se extrañaba de que algunos jóvenes emigrados recientes, apoyaran en los periódicos de Montevideo la causa de Francia, que decían de la *civilización* contra la *barbarie*; y calificaba desdeñosamente, desde su superioridad de intelectuales, los recelos de los viejos unitarios hacia el almirante Leblanc y su empeño en seguir viendo a la patria en “esa horda de esclavos amedrentados por el tirano, que se opone a los paladines de la humanidad”.

Leía los artículos del joven Alberdi en “El Nacional” (que Lavalle llamaba *la revista*):

“¿Estará el deshonor, entonces, en ligarse al extranjero para batir al hermano? - preguntaba Alberdi el 29 de noviembre de 1838 – Sofisma miserable. Todo extranjero es hombre y todo hombre es nuestro hermano. La doctrina contraria es impía y bárbara. No es nuestro hermano un hombre porque ha nacido en la misma tierra que nosotros. Nosotros no somos hijos de la tierra sino de la humanidad. De lo contrario las bestias que han nacido en nuestro suelo serían nuestras hermanas” ⁽²⁰⁾.

El 3 de diciembre insistía en enseñar lo que es patria *a los pobres y estúpidos* que se empeñaban en comprender otra cosa: “Para el provinciano la patria es su provincia. Para el nacional no hay hermanos ni semejantes fuera de sus fronteras. Y para los espíritus vastos y serios, que saben no estacionarse en el círculo estrecho de la nación, para los Rousseau, los Saint-Pierre, los Lerminier, los Bentham, los

Saint-Simon, los Leroux, los Lamennais, la patria es la humanidad, el pueblo es el género humano” ⁽²¹⁾.

Lavalle no entendía. Esa campaña escapaba a su comprensión de viejo soldado de la Independencia. El 16 de diciembre escribe a Chilavert, extrañado por “un larguísimo artículo de sofismas y de una charlatanería oscura, llamando pobres y estúpidos a los que no piensen del mismo modo. Estos hombres conducidos por un interés propio mal entendido, quieren trastornar las leyes eternas del patriotismo, el honor y el buen sentido; pero confío – termina - en que toda la emigración preferirá que la revista la llame *estúpida* a que su patria la maldiga mañana con el dicho de *vil traidora*”. Agrega que le escribe así “porque Vd. tiene un pecho argentino, y sentirá lo que yo siento”, y producido “el caso de llevar la guerra a nuestra patria los pabellones francés y oriental, *entonces haremos nuestro deber*” ⁽²²⁾.

Para ese mismo tiempo los viejos unitarios de Montevideo mantenían una altanera reserva, y alguno – Jacobo Varela - aconsejaba a su hermano Florencio: “Por Dios señor, todos los que hoy tienen alguna influencia no consientan en nada que pueda traer nuevas humillaciones a la pobre Buenos Aires. Vale más vivir pobres y morir desterrados, que no llevar la degradación a la patria y cargar con las maldiciones de la posteridad!” ⁽²³⁾. No opinaban así, desde Brasil, don Bernardino Rivadavia y don Julián Segundo de Agüero, partidarios decididos de la colaboración con Francia. Ambos seguían teniendo gran prestigio entre sus antiguos correligionarios asilados en Montevideo.

“¡UNA VEZ MÁS LA PATRIA LO RECLAMA!”

No era evidentemente el lenguaje de presuntuosidad juvenil de Alberdi el más conveniente para unir contra Rosas los agravios políticos de los emigrados con las exigencias de Roger y Leblanc: si “El Nacional” seguía jactándose de hacer campaña *antiamericana*, se corría el riesgo de que Lavalle y Chilavert – y con ellos la mayor parte de los militares emigrados – pidieran un buen día su pasaporte y se fueran a Buenos Aires a ponerse a las órdenes de Rosas.

“El Nacional” fue amonestado, y Rivera, por su gestión de Leblanc, llamó a los viejos unitarios para que formaran una *Comisión Argentina* encargada de entenderse con el almirante y sustituir a Rosas en el gobierno. Rivera había subido con el apoyo de los franceses, que quitaron a Oribe demasiado celoso de la neutralidad oriental en el conflicto con la Confederación, y ahora Montevideo era la base de operaciones de la escuadra francesa contra Buenos Aires. A nadie se le ocultaba la procedencia del dinero que hacía correr con esplendidez el nuevo Presidente: como también que su *declaración de guerra a la Argentina* era sólo un medio para seguir girando letras de cambio con el pretexto de necesidades militares.

Como las cosas se hicieron bien la *Comisión Argentina se constituyó*: ni Salvador María del Carril, ni Valentín Alsina, ni Florencio Varela, ni el viejo Martín Rodríguez, tuvieron escrúpulo en integrarla. Ahora que Rosas iba a caer, era necesario pensar en que la patria estuviera en las mejores manos.

La patria estaba plenamente garantizada con esos nombres, a los cuales se agregó el de Julián Segundo de Agüero llegado de Brasil. ¿No era cuanto de ilustración, patriotismo y honradez había en la Argentina, y que andaba proscripto por no transigir con el *despotismo*? Además en la “Comisión” no estaba el joven Alberdi ni ninguno de los suyos. No se habían reunido por orden directa de Leblanc, sino por deferente invitación de Rivera; eso era otra cosa. Harían su guerra a Rosas, coincidiendo como aliados con Rivera y los franceses. La patria no tenía nada que ver y se convencieron de que era una lucha de la *libertad* contra la *tiranía*.

¿Por qué la patria sería solamente Rosas... ? Ellos eran mucho más patriotas que ese gaucho ensoberbecido y rústico. Y, al fin y al cabo, si el almirante con sus barcos, su dinero y sus armas, terminaba con el *tirano* y conseguía imponer un gobierno de ciudadanos tan dignos, eso demostraba que quería el bien de la Argentina mejor que los mismos argentinos, y que erróneamente habíanle supuesto intenciones deprimentes para la nacionalidad. Los últimos escrúpulos acabaron por disiparse.

Solamente quedaba Lavalle... La *Comisión* le escribió el 22 de enero de 1839 “en nombre de la patria” para pedirle que “se consagrara a su redención y libertad” poniéndose a las órdenes de Rivera que preparaba en Durazno, con dinero francés - que a nadie ocultaba -, el ejército encargado de invadir la Confederación. En el mismo correo le mandó 3.500 pesos moneda corriente para distribuir entre “los individuos que hayan de concurrir” al campamento de Durazno ⁽²⁴⁾. Pero Lavalle devolvió el dinero y no contestó la carta.

Entonces fue Florencio Varela en persona hasta Mercedes para convencer a Lavalle de “que una vez más la patria lo reclama”. Tres días estuvo Varela junto a Lavalle demostrando el error en que habían estado todos al juzgar ligeramente las intenciones francesas. Varela tenía la fascinación de una dialéctica fácil y sabía encontrar la palabra justa. No volvió con Lavalle pero consiguió mucho: el general quería, para convencerse de que otra vez se luchaba “por la patria”, que tanto Rivera como los franceses hicieran claras y explícitas declaraciones ⁽²⁵⁾. Por supuesto que todo se hizo: el 12 de marzo la Comisión escribía a Lavalle que “consideraba racionales y justas las condiciones que Vd. exige relativamente a la expresión de los principios que rigen, tanto al señor General Rivera cuanto a los agentes franceses, acerca de salvar la nacionalidad de la República Argentina” y le asegura “que ya están satisfechos los deseos de Vd. en esa parte”. Un manifiesto de Rivera (que redactó la *Comisión* y éste firmó el mismo día) protestaba de que la guerra era “defensiva y no ofensiva” y no estaba en juego el “honor y la integridad de la Argentina”; también existió la formal promesa de otro de los franceses “que contendrá los mismos principios que Vd. desea”.

Que apresurara Lavalle su respuesta, que si sus escrúpulos seguían, otro cualquiera tendría la gloria de vencer al *tirano*. ¡Era tan fácil... ! Jacobo Varela estaba cierto de que todo su poder era ficticio “que no es preciso sino empujarlo para que caiga”: con *cien hombres* decididos que desembarcasen en Buenos Aires con la bandera de la libertad, todo el mundo, hartos del *tirano*, se plegaría al *libertador*. Varela lo hubiera hecho “si no fuera casado” ⁽²⁶⁾. Carlos Tejedor escribía románticamente desde Buenos Aires “que el pueblo en masa se levantaría al sol naciente como en las jornadas de julio en París” ⁽²⁷⁾. ¿Acaso no era Rosas peor *tirano* que Carlos X? Por el interior las cosas estaban bien hechas: poco importaba la derrota de *Pago Largo*, debida al apresuramiento de Berón de Astrada y la inercia de Rivera; poco también la mala suerte de Domingo Cullen en Santa Fe, Córdoba y Santiago. Todo se recuperaría en breve. Por Tucumán, el joven Marco Avellaneda había eliminado a Heredia, y controlaba el gobierno del viejo Piedrabuena y asegurando un triunfo fácil, había atraído a los federales Cubas de Catamarca y Brizuela de La Rioja; el honrado Solá, veía en Salta por los ojos de su ministro Benigno López, amigo de Avellaneda. Todo estaba dispuesto, sólo faltaba la chispa: así lo aseguraba Alberdi, que desde Montevideo les ofrecía “Plata, hombres, buques”, asegurándoles que ellos nada tenían que hacer de importancia: todo será hecho aquí” ⁽²⁸⁾.

El escribiente de Rosas, Enrique Lafuente, que informaba a Montevideo las cosas íntimas del *tirano*, escribía que éste “conoce lo que lo aborrece el pueblo, lo teme, y está siempre echando una mirada a la retirada”. Tenía un caballo muy ligero,

ensillado todo el día y toda la noche a la puerta de su despacho, para poder escaparse apenas sintiera el primer rumor de la inevitable conmoción popular” (29).

Todos esperaban que fuera Lavalle. Los franceses llevaban gastados millones en los interminables preparativos militares de Rivera, y empezaban a sospechar que el taimado caudillo se estaba burlando donosamente de ellos. La *Comisión Argentina* pedía mucho menos: llevarlo a Lavalle a Martín García para preparar en “territorio argentino” una *cruzada libertadora*. Además, que los buques franceses cuidaran el río y unos cuantos francos – ¡oh, mucho menos que los entregados a Rivera! – para los primeros gastos; por supuesto que dándoselos a ellos, y sin que se enterase el susceptible Lavalle.

“La Francia y el Estado Oriental se ahorrarán sangre, tiempo y dinero si el general Lavalle encabeza la *revolución* – escribía Félix Frías subrayando la palabra *revolución* que patrióticamente encontraba preferible a guerra –. Yo se lo digo a Vd. (Andrés Lamas) porque lo sé: las fuerzas con que hoy cuenta el tirano están dispuestas a obrar contra él. La revolución dirigida por Lavalle puede correr, volar, amigo mío” (30).

Lavalle acabó por ser convencido. Con el descubrimiento de la conspiración Maza, en la que tantos amigos suyos fueron apresados, le hicieron ver que solamente el despotismo reinaba en Buenos Aires: no había ningún derecho, ni siquiera el de conspirar... Era el momento de iniciar la “marcha triunfal”. ¿Quién osaría oponerse? ¿Quién defendería la *tiranía* contra la *libertad*?

EL CÓNDOR REMONTA VUELO

“Voy a una grande empresa con un puñado de hombres... Vos y la patria ocupan mi lugar siempre”, escribe a su esposa el 8 de julio de 1839 al salir para Martín García. El cóndor remontaba vuelo, ya ciego, sin ver la bandera francesa al tope de la isla, sin notar los estragos del bombardeo de octubre, sin advertir que su éxito dependía del transporte francés, de la vigilancia que las fragatas de Dupotet hicieran en el Paraná, que el dinero y las armas que mandaba la *Comisión Argentina*, donde todos eran pobres de solemnidad por lo menos hasta el momento de su partida, tenían que tener una procedencia extraña.

Apenas iniciada la campaña, llegaron las inevitables críticas de los mariscales de café de la *Comisión*.

Le señalaban planes de estrategia, o reconvenían porque tal o cual contraste habría ocurrido “por no haber seguido mi consejo”. Era enorme el montón de cartas que llegaban todos los días: Julián Segundo de Agüero, Florencio Varela, Salvador María del Carril, Juan Andrés Gelly, Madero, Thompson, todos, todos dirigían el Ejército Libertador y planeaban en papel afiligranado maravillosos movimientos militares que aniquilaban infaliblemente “*las hordas de esclavos de Rosas*”. “Tengo una inmensa correspondencia abierta que me ocupo en contestar – escribía Lavalle angustiado a Julián Segundo de Agüero – y tengo el ejército enemigo y el nuestro a veinte cuadras de distancia, y nada de esto se tiene presente, cuando se me exige que olvide todo para escribir con regularidad”. Acabaría por perder la paciencia: “Escuche Vd. pues, con la calma de su larga experiencia – la carta es a Agüero – y con la bondad de su carácter, que no obraré en la guerra sino por mis propias opiniones”, y le pide que no le haga perder la paciencia – Agüero le había imputado *omisiones feas* en la campaña –, “¿no prevén allí las consecuencias de mi desesperación”? (31).

¿Dónde estaba el pueblo? En Entre Ríos desde luego que no. “La desertión es diaria y numerosa – escribe a Ferré –. Ha habido días, mi amigo, en que he tenido doscientos desertores”. (32) En Buenos Aires sería otra cosa. Si consiguiera cruzar

el no “la guerra terminará en 30 días”, le dice a su esposa poco después de derrotado en Sauce Grande por Echagüe. Los entrerrianos podían haberlo combatido por un espíritu localista, pero los gauchos portentos que sufrían la *suma del poder*, tenían que pronunciarse unánimemente por la *libertad*.

El cóndor volaba cada vez más alto, y cada vez más ciego. Ya no lo avergüenza recibir dinero francés. Ahora lo exige en perentorias cartas al almirante Leblanc y al Encargado de Negocios Bouchet de Martigny: ‘Yo encuentro que los auxilios que se han prestado hasta ahora no son suficientemente eficaces, y en consecuencia *exijo*: 1º) Un millón de francos para los gastos de guerra, que entrará en caja del ejército. 2º) La destrucción de la batería del Rosario y la ocupación del Paraná” ⁽³³⁾.

¡Cómo no exigirlo, si los franceses como aliados, servían solamente para proveer francos! Porque en cuanto a pelear tenían un terror pánico a los “gauchos”. Juan Nepomuceno Madero, destacado en la *Expeditiva* frente “a la Bajada” (Paraná) le escribía a su pariente Florencio Varela que era imposible acercar botes a la costa o a las islas porque “he observado que (los franceses) tienen un miedo cerval a los de tierra”. ¿Qué hacer con tales aliados, que no se animaban ni a detener las chalanas que cruzaban el río? “Son unos *cag...*” ⁽³⁴⁾.

FRENTE A BUENOS AIRES

El Ejército Libertador, transportado por la escuadra francesa, desembarcó en San Pedro a principios de agosto de 1840. Eran cuatro mil hombres perfectamente pertrechados, contra los cuales nada podrían las pocas milicias que Rosas alcanzara a reunir.

Alentaba a Lavalle y los suyos el total convencimiento de la popularidad de su causa. Tanto habían dicho que Rosas era un *tirano* “que oprimía al pueblo”, que acabaron por creerlo ellos mismos. Es lo corriente en estos casos. Rosas se mantenía en pie por un milagro, y su desmoronamiento era cuestión de días, de horas tal vez.

En la campaña de Entre Ríos habían tenido que depender de la ayuda y el transporte francés, lo que daba mala apariencia a una empresa buena. Ahora sería otra cosa: desde San Pedro a la plaza de la Victoria sería una *marcha triunfal*, y solamente de argentinos. Escribe a Lamadrid, el día del desembarco: “La opinión del país está muy pronunciada en nuestro favor. Mis paisanos esperaban con impaciencia la venida del Ejército Libertador, y nuestras filas se engrosarán muy considerablemente en poco tiempo, porque los más están hoy con nosotros. Esta favorable disposición me hace esperar que venceré en breves días al *tirano*.” ⁽³⁵⁾

¡Qué pocos días duró este optimismo! Es cierto que en su marcha hacia Buenos Aires se le había plegado Esteban Echeverría que estaba en “El Tala”, pero la gente de campo le hacía el vacío, cuando no le hostilizaba. La sola noticia favorable recibida era la llegada del almirante Baudin con 3.000 infantes franceses para “terminar la guerra en pocos días”. Su desilusión fue grande: “Esta carta te va a hacer derramar lágrimas – le escribe a su esposa al llegar a Giles –. No he encontrado sino hordas de esclavos, tan envilecidos como cobardes y muy contentos con sus cadenas. Es preciso que sepas que la situación de este ejército es muy crítica. En medio de territorios sublevados e indiferentes, sin base, sin punto de apoyo, la moral empieza a resentirse, y es el enemigo que más tengo que combatir. Es preciso que tengas un gran disimulo, principalmente con los franceses, pues todavía tengo esperanzas.” ⁽³⁶⁾

¡Estaba junto a Buenos Aires, veía las torres de sus iglesias desde su campamento, y la gran ciudad parecía lejana y hostil! Inútilmente escribió a Martigny: “Insisto en que la fuerza del almirante Baudin se reúna a este ejército,

que sería lo mejor, haga un desembarco y tome un punto de la Capital: la Recoleta o los cuarteles del Retiro.” Inútilmente porque no había llegado el almirante Baudin con los 3.000 soldados de infantería: quien había llegado era el almirante Mackau, con plenipotencias de Thiers para hacer inmediatamente la paz con Rosas sin importarle “*los auxiliares* que hemos encontrado en las riberas del Plata, que no han querido o no han podido cumplir sus promesas; para cuyo éxito han pedido y recibido de nosotros socorros, sin retribuirnos, ni aun en leve proporción, los servicios recibidos” decían las *instrucciones* de Mackau. Únicamente, por la “naturaleza delicada” de las relaciones entre el gobierno francés y sus auxiliares, podía “ofrecerles. su intervención amigable, y salvarlos de la guerra civil provocada por ellos”.⁽³⁷⁾

Nada sabía Lavalle de la llegada de Mackau en esos primeros días de septiembre, acampado en Merlo a pocas leguas de Buenos Aires. La gran ciudad simulaba una indiferencia que era como para crisar los nervios: nada advertía que estuviera en guerra, que un largo bloqueo la había agotado económicamente, que de un momento a otro desembarcarían los marinos franceses en la Recoleta y el Ejército Libertador llevaría su ataque por el lado de tierra. La *Gaceta Mercantil* y el *British Packet* que llegaban hasta Merlo, hablaban de la gran función en el teatro Argentino, donde se había estrenado “Muérete y verás”, de Bretón de los Herreros, o del drama “El Trovador”, dado en el Victoria, excusada la inasistencia del Restaurador, “ocupado en el campamento de Santos Lugares”, con la presencia sonriente de Manuelita “ya pasado el luto que la agobió”. El Circo de Gallos de la calle Venezuela seguía con su público de costumbre; las casas de José Julián Arriola o de Daniel Gowland, publicaban los habituales avisos de remate. La vida parecía deslizarse tranquila, sencilla, cotidiana, si no fuera porque se daban noticias de que “el salvaje, inmundo, traidor” estaba en Merlo y era inminente un ataque, y que resultó falso “la llegada reciente de un ejército francés de desembarco, como se anunció”. ¡La verdad es que el *tirano* tenía sus agallas!

Cuatro días quedó Lavalle frente a Buenos Aires, esperando el pronunciamiento popular indudable. El Ejército Libertador se corrió hasta Navarro en el sur, volvió a Giles en el norte: eran amagos para buscar el sitio preciso donde dar el golpe. Pero las milicias de campaña (¿de donde habían salido, Dios mío?) no se movieron de Santos Lugares: estaban mal armadas y no recibían pago alguno, pero supo Lavalle que eran numerosas y absolutamente decididas. También supo que en la plaza de la Victoria estaban concentrados dos mil milicianos de infantería, con los generales Mansilla, Soler, Guido y Ruiz Huidobro, con dos piezas de artillería. Y que en las azoteas de toda la ciudad había muchachos con tercerolas, a falta de fusiles. Todos con la misma resolución que en 1807, cuando quisieron venirse los ingleses.

¡Qué distinto a 1828 cuando Rosas era el sitiador y Lavalle el sitiado! Entonces tuvo que recurrir a los extranjeros para simular una defensa que no pudo mantener: la ciudad se le escapaba de entre los dedos para irse al campamento de Rosas. Ahora, en 1840, tenía que vigilar la desertión constante de los sitiadores. Cada día se le iba un batallón entero a tomar la insignia federal en Santos Lugares.

El 4, Lavalle creyó que desembarcaban los franceses. El 6, desengañado una vez más, emprendió lentamente la retirada hacia el norte.

EL PREMIO

"No hay una persona, una sola, General, incluso sus hermanos de usted y aun su sensatísima señora, que no haya condenado ese funestísimo movimiento - escribíale Florencio Varela al conocer la retirada de Buenos Aires -. No comprendo, General,

cómo se justificará usted ahora ni nunca. Ese ha sido, General, el defecto capital de usted: no pedir consejo ni oírlo de nadie, decidir por sí solo. Y por desgracia no decide usted lo mejor”.⁽³⁸⁾ ¡Era tan fácil hacer la guerra desde Montevideo! ¿Cómo explicarles a los *doctores* de la “Comisión” cosas que nunca entenderían, que no querían entender? Hablaban y escribían muy bien; razonaban maravillosamente, podían demostrarlo todo; se expresaban en axiomas que no admitían réplica porque vivían en un mundo ideal sin experiencias ni realidades. Eran enfáticos en el ademán e inmutables en el pensamiento como el señor Rivadavia, pero estaban más acá de las cosas. ¡Lástima que hubieran cosas además de ellos!

Los había admirado y seguido. En 1828 le dijeron que Dorrego era un traidor, que había firmado una paz vergonzosa con el Brasil, y sublevó el ejército para sacarlo del gobierno. Le dijeron que había que fusilarlo, y lo fusiló. Lo convencieron de que con quinientos *coraceros se haría la unidad a palos*, y en cambio brotaron del suelo las montoneras federales, que corrieron hasta *Puente de Márquez* a los veteranos de Ituzaingó. Cuando las cosas se pusieron difíciles, Rivadavia y Agüero escaparon de Buenos Aires y lo dejaron solo frente a Rosas. Tuvo que capitular. Entonces le echaron la culpa y hasta llegó a creerlo así.

Ahora no quiso entenderse más con la *Comisión* que, como Varela, atribuía a un inexplicable capricho no haber seguido la “marcha triunfal” hasta la plaza de la Victoria. Escribió a su mujer: “Tú no concibes muchas esperanzas porque el hecho es que los triunfos de este ejército no hacen conquistas sino entre la gente que habla: la que no habla y pelea nos es contraria, y nos hostiliza como puede. Este es el secreto origen de tantas y tantas engañosas ilusiones sobre el poder de Rosas, que nadie conoce hoy como yo.”⁽³⁹⁾

Sus compañeros militares comprendieron también el engaño de la popularidad de la causa antirrosista, pero no atinaron a explicárselo: “En esta oportunidad (el desembarco de San Pedro) – escribió el coronel Elías – conoció todo el ejército la obcecación de los hombres que servían al *tirano*, pues a pesar de haber sido completamente deshechos, no hubo uno solo entre ellos que buscara su reunión con los *libres*... La presunción de que el mágico nombre de la *libertad* despertaría en todas las clases de la población un sentimiento heroico contra el árbitro de su vida y de su fama, quedó desvanecida”⁽⁴⁰⁾.

Después vino la larga marcha hacia el norte, la innecesaria toma de Santa Fe, la pérdida de toda la caballada en los pastos envenenados de Calchines. (Los pastos de Santa Fe siempre fueron fatales para los caballos de los unitarios; en 1829, Lavalle perdió su caballada en el Carrizal del Monje.)

Llegó la noticia de que el almirante barón de Mackau había firmado con Felipe Arana, el 29 de octubre, en el territorio neutral de la corbeta inglesa “Acteon” una paz muy honrosa para la Argentina. En cuanto a los *auxiliares*, Rosas, a pedido del diplomático francés, amnistiaba a los proscritos “si en el término de un mes abandonasen su actitud hostil” y “siempre que su presencia no sea incompatible con el orden y la seguridad pública”; el término se reducía a *ocho días* para la tropa y oficiales “que estuviesen con las armas en la mano”. Habían sido inútiles los esfuerzos de Mackau para comprender a Lavalle. Rosas nada quería saber con los *generales y comandantes de cuerpos*, “aliados al extranjero”, y expresamente los exceptuaba de toda amnistía “salvo que por sus hechos ulteriores se hagan dignos de la clemencia y consideración del gobierno”.

La marcha del Ejército Libertador, sin caballada, sin alimentos, entre poblaciones que le hacían el vacío, hostilizado de muy cerca por el fuerte ejército que Rosas había puesto a las órdenes de Oribe, amenazaba en concluir en un completo desastre, Lamadrid que venía de Córdoba debió encontrarse desde el 20 de noviembre en *Romero* (entre Santa Fe y Córdoba) con los caballos y provisiones

necesarios. Lavalle llegó el 24, y Lamadrid ya se había ido: el 28 Lavalle era alcanzado y vencido en *Quebracho Herrado*; apenas si pudo salvarse con algunos regimientos.

En diciembre lo entrevistó el general francés Halley, portador del tratado Mackau-Arana. Seguir la guerra, ya retirada Francia, no tenía objeto y no era posible. Francia no se iba a olvidar de Lavalle, excluido de la amnistía: Halley le traía una propuesta magnífica a nombre de Mackau; en retribución de sus servicios a Francia, lo darían de alta en el ejército del rey con el grado de *Mariscal*, el más elevado del escalafón: además de una fuerte suma de dinero que se le entregaría donde dispusiera.

No. No era una afrenta. Halley, amigo de Lavalle, no había venido a burlarse del desdichado vencido. Era un ofrecimiento formal, que el almirante descontaba la alborozada aceptación. ¡Qué carrera se le ofrecía al joven Mariscal del Reino en los ejércitos coloniales de Luis Felipe! La respuesta fueron cinco breves palabras dirigidas a Mackau, al pie de su ofrecimiento: “Mi honor me prohíbe aceptar”. ⁽⁴¹⁾

Lavalle quedó desconcertado: creía combatir por la *patria*, y le daban como premio el bastón de Mariscal de Francia. La patria no premia a sus leales servidores con grados en ejércitos extranjeros. Pero... ¿entonces? Empezó a comprender cosas que le habían sido incomprensibles frente a Buenos Aires. Empezó a comprender por qué la *gente que no habla y pelea* estaba con la *tiranía* y contra la libertad: no había tal tiranía, ni tal libertad. Había solamente la patria, y quienes están contra ella. Afuera y adentro.

Seguiría la lucha sin esperanzas de vencer y sin fe en la causa que emprendió, sostenido solamente por su impulso de acero. Sin poder hacer pie en parte alguna, como el cóndor ciego. Ya no podía volver atrás: ya tampoco podía ver la luz.

“ESPADA SIN CABEZA”

El general Paz cuenta en sus *Memorias* la impresión que le hizo Lavalle cuando lo vio en Punta Gorda; ya no era el atildado oficial de la escuela de San Martín. Su vestimenta y sus actitudes mostraban un cambio enorme: desaliñado, sin cuidar de sí ni de la disciplina de su ejército, daba la impresión de andar como dormido, de estar dominado por un escepticismo invencible. ⁽⁴²⁾ ¡Qué lejos de Río Bamba y de Ituzaingó! Lamadrid, que lo encontró en Córdoba poco después de la entrevista con Halley, le oye “atacar a los de frac” y contestar a Villafañe, que se quejaba de la falta de moralidad del ejército: “¡Deje usted que roben, que fusilen y que maten!” ⁽⁴³⁾ No había orden, no tomaba las precauciones más elementales, parecía no importarle ya nada: “¡Y éste es el gran general en que los pueblos todos antes de la coalición tenían fijadas todas sus esperanzas!” ⁽⁴⁴⁾, le dice Lamadrid a Villafañe. Tan orgulloso que era antes, acepta ahora callado las reconvenciones que le hace Lamadrid sobre su negligencia en la conducción del ejército: “¡Confieso que es la única vez que vi a este valiente y desgraciado general – comenta Lamadrid en sus *Memorias* – sufrir resignado y sin inmutarse un reproche semejante!” ⁽⁴⁵⁾.

En el norte, durante el invierno de 1841, Lavalle no ejecuta movimientos estratégicos ni planea operaciones de importancia. Abandona el ejército para ir a encerrarse en la hacienda de Gualfin, en Catamarca, con la hermosa Solana Sotomayor, mujer de Brizuela, “con la cual pasó cuatro días y cuatro noches sin levantarse de la cama, mientras se paseaban por los corredores, desesperados, sus jefes, oficiales y secretarios, y el grave y solemne Félix Frías decía siempre al asombrado Pedernera: *La causa de la libertad, señor general, se pierde por las mujeres* ⁽⁴⁶⁾. Entre tanto, Brizuela, director nominal de la Coalición del norte,

buscaba consuelo en la bebida, y poco después se dejaba vencer y matar en *Sañogasta*.

Ya no se oyen sino reproches, merecidos o no, de sus compañeros de causa, Marco Avellaneda atribuye a su inercia el fracaso de Tucumán, y muy grave debió ser su resentimiento para abandonarlo después de *Famaillá*. Esteban Echeverría le dice en versos:

*“Todo estaba en su mano y lo ha perdido
Lavalle, es una espada sin cabeza.
Sobre nosotros, entretanto, pesa
su prestigio fatal, y obrando inerte
nos lleva a la derrota y a la muerte!*

*Lavalle, el precursor de las derrotas.
Oh, Lavalle! Lavalle, muy chico era
para echar sobre sí cosas tan grandes”*.⁽⁴⁷⁾

El cóndor vuela aún llevado por su impulso de acero. No ha triunfado en una guerra que no podía concluir sino con la victoria o la muerte. Al partir de Montevideo había hecho el juramento, que Florencio Varela le recuerda con insistencia poco benigna, de “quedar tendido en las calles de Buenos Aires o libertar a su patria”⁽⁴⁸⁾. No ha logrado ni lo uno ni lo otro. Varela insiste ante Frías en que no hay otra salida: el general debe comprender “que su nombre, su gloria, su porvenir, el de sus hijos, dependen del éxito de la empresa”⁽⁴⁹⁾. Al propio Lavalle advierte que si no triunfa, “si la revolución se perdiera por no seguir usted el buen camino (el *buen camino* eran los consejos militares de Varela), cargaríamos todos con las maldiciones de la patria”⁽⁵⁰⁾.

El jefe del Ejército Libertador vivía como ausente, sin fuerzas para dar una orden, sin energía para aplicar un castigo. Lamadrid se entera con asombro de que en un pozo de *la travesía* los soldados se han dado de cuchilladas ante el propio general, que “se había tendido y los observaba indiferente”. Es tal la impresión que le produce la melancolía de Lavalle que “lo compadecía en extremo en mi interior, pues acabé de convencerme de que estaba agobiado por el peso de sus desgracias, siendo esta causa la que lo había reducido a dicho estado”⁽⁵¹⁾.

Diríase que buscaba los lances amorosos para aturdirse y olvidar. A Solana Sotomayor la reemplaza en Salta con Damasita Boedo, hermosa niña de veinte años, hija del congresal de Tucumán. Damasita Boedo, prendada del héroe legendario y caballeresco, gallardo en sus cuarenta años, de mirada dulce y triste, abandona la casa paterna para compartir sus últimas horas. Pondrá un aliento de ternura en las melancólicas horas de la derrota final y estará junto a él en la mañana trágica de Jujuy.

“NI EL SEPULCRO LA PUEDE HACER DESAPARECER”

Ajeno a todo, revivía en el amor y en el combate. Al entrar en batalla sus ojos volvían a brillar de coraje y sus manos temblaban con la impaciencia de la acción. Más que nunca su famosa valentía se mostró en los últimos combates del norte. En *Famaillá*, una batalla de desesperación, en que pocos reclutas arremeten contra tropas de línea muy superiores en calidad, número y armamento, es tal el ímpetu de la carga de Lavalle que, por un momento (el único en toda la campaña), la victoria

estuvo indecisa. Pero los suyos huyeron. Diríase que buscaba la muerte, que no encontró porque el baqueano José Alico consiguió escamotearlo del entrevero por picadas desconocidas. Varios días estuvo perdido para el resto de su ejército, cuya salvación dejó a la prudencia de Pedernera, refugiado con Damasita para olvidarse, tal vez, que no había muerto en la batalla.

Quiso consolarse de la derrota con la certidumbre de que Lamadrid estaría victorioso en Cuyo, lo que atribuía a su acierto en dividir el ejército. Le había llegado la noticia de *Angaco*, en que Acha con quinientos hombres desbarató a tropas cuatro veces superiores. Pero tres días después tuvo un nuevo desengaño: Benavidez, derrotado en *Angaco*, se había rehecho y en *San Juan* había cobrado un amplísimo desquite: ni Acha, ni su división, existían ya. Le quedó la esperanza, que angustiosamente transforma en certidumbre, de que Lamadrid habría de vencer en Mendoza. Nunca le llegó la noticia del completo descalabro de *Rodeo del Medio* – ocurrido a los pocos días del suyo en *Famaillá* – y que los deshechos de Lamadrid huían por la nieve de la Cordillera, cerrada en esa época del año.

¿Qué le quedaba?... Sus mejores regimientos acabaron por dejarlo, francamente sublevados, para irse por el Chaco hasta Corrientes. El no podía tomar ese camino: Corrientes lo había proscripto cuando cruzó el Paraná después de *Sauce Grande*, y Ferré lo había llamado *desertor*, y a su conducta, *la más negra de las traiciones*.

Lo seguían aún doscientos fieles: con ellos tomó el camino de Jujuy para defenderse en guerrillas por la quebrada. Tal vez en esos momentos el cóndor comprendió que había perdido la luz para siempre: “Pero lo que no puedo concebir es el que haya americanos que, por un indigno espíritu de partido, se unan al extranjero para humillar su patria y reducirla a una condición peor que la que sufríamos en tiempos de la dominación española: una tal felonía ni el sepulcro la puede hacer desaparecer” ⁽⁵²⁾, escribía San Martín indignado por la conducta de los unitarios.

LA NOCHE DE JUJUY

El 8, al llegar a Jujuy, estaba en un estado “de alegría extraña”, que era para mí anuncio de una grandísima desgracia”, dice Frías (esta frase no tendría sentido si la muerte hubiera sido casual). Y cuando todo y todos aconsejaban no entrar a la ciudad y tomar rápidamente el camino de Humahuaca, acampó la tropa en las orillas y se fue a buscar “una casa donde hubiera una cama”. ¿Quiso pasar una última noche de amor?

No quería oír hablar de retirarse por el camino de Bolivia. Hasta el 6, en que se fueron Ocampo, Hornos y la mayor parte de la tropa, creyó en que aún podía defenderse en Salta. Después creyó, quiso creer, en la posibilidad de una “guerra popular”, a lo Güemes, disputando los pasos de la quebrada a las tropas de Oribe. La huida de Alvarado y de Bedoya le desmoronó esta última esperanza: “la idea de Vd. de hacer guerra popular es inverificable – le decía Bedoya en la carta que le dejó en Jujuy –, tengo conciencia segura de que no se ha de hacer nada, absolutamente nada. Lo engañan, general, los comandantes que se lo prometen y antes de cuatro días los ha de ver Vd. capitular con la montonera”.

Por lo tanto... no quedaba nada más que el camino de la emigración, insistentemente reclamado por todos. Es decir, la derrota, el deshonor, la conciencia de una “felonía que ni el sepulcro puede hacer desaparecer”, que tan sólo acallaba con el ardor del combate. No habría de ser el suyo.

Había buscado la muerte en Famaillá, y en tantos combates, sin encontrarla jamás. Cuando a la madrugada la presencia de la partida de Blanco dio la certidumbre de que había llegado el esperado final, quiso afrontarlo sereno

abriéndose paso a través de los enemigos. La huída de los suyos impidió este propósito y no quiso caer vivo en las manos enemigas, había repetido que “Rosas podría disponer de su cadáver, pero no de su vida” ⁽⁵³⁾. O quizá comprendió al alejarse la partida, después de pretender descerrajar la puerta, que la muerte nunca vendría a buscarlo. Sin posibilidad de seguir la lucha y para caer en tierra Argentina, quiso salirle al encuentro, arrogantemente, cansado de esperarla.

Había dicho que sería *el último en abandonar el suelo de su patria*: había jurado *vencer o que dar tendido*.

Cumplió su juramento.

LA LEYENDA

Sus compañeros convinieron en atribuir su muerte a la descarga que había hecho la partida contra la puerta. Debió ser un solemne juramento de honor que se prestó en los *Tapiales de Castañeda*, al abrigo de la tropa y ya pasado el desconcierto por la actitud del comandante Blanco. Esos últimos doscientos eran un puñado de amigos fieles, de lealtad probada.

Sin duda fue Félix Frías, tan católico, quien sugirió la piadosa mentira; tengamos en cuenta las modalidades de la época, pues los restos de un suicida no recibían sepultura y su nombre quedaba infamado y proscripto. Tal vez una consecuencia de ese juramento fue la actitud de recoger el cadáver para que los enemigos no advirtieran, por la índole de la herida, la verdadera causa de la muerte. Lavalle debió matarse en su habitación o en el segundo patio, “donde había ido tras Frías”. Que el teniente López recogió el cuerpo “del zaguán donde estaba como tendido” es parte de la leyenda; lo recogió en algún lugar alejado del zaguán, pues tuvo que explicar a los vecinos “que no murió instantáneamente, que en las ansias del último momento se arrastró hacia su cuarto”. Medio Jujuy supo, por boca de quienes recogieron el cuerpo, que una descarga de los federales había concluido con el jefe de los unitarios.

Los federales, al volver a la ciudad, oyeron con asombro, de boca de los vecinos, que Lavalle había caído por la descarga contra la cerradura. Debe descartarse que examinaron la puerta: Blanco nada dice de disparos que “atravesan la puerta”, y Bracho se atribuye un tiro por el ojo de la cerradura. Ni creyeron ni dejaron de creer que ellos habían terminado con Lavalle, pero desde luego no iban a desmentir una versión que les obsequiaban y que para ellos significaba ascensos y premios.

Por supuesto que al forjar la leyenda, ninguno de los amigos de Lavalle recordaba el cedro macizo de la puerta, su espesor, ni tampoco podían saber que los tiros no habían sido disparados con fusiles, sino con malas tercerolas. Todos guardaron celosamente el juramento. Frías escribe a Rafael Lavalle que le queda “el grato deber de defender el nombre glorioso del general” ⁽⁵⁴⁾; y al hablar – muy pocas veces – de la muerte de Lavalle no dejó de agregar “muerto por los soldados de Rosas” ⁽⁵⁵⁾.

La leyenda fue cuidada. Como los hombres siempre vemos lo que queremos ver, nadie ha visto la evidencia. Y quedó oculto el hondo motivo patriótico de la muerte del general Lavalle.

- (1) Félix Frías: Relación de la muerte de Lavalle, en carta a Ráfael Lavalle (Potosí, oct. 22-1841). En Gregorio F. Rodríguez, *Contribución histórica y documental*, III, 149.
- (2) Elías Bedoya: carta a Lavalle (Jujuy, oct. 7-1841). En Gregorio F. Rodríguez, ob. cit., III, 153.
- (3) Félix Frías: carta citada. Los pasajes entre comillas que siguen pertenecen a la mencionada carta de Frías, salvo indicación contraria.
- (4) Pedro Lacasa: *Vida militar y política del general Argentino D. Juan Lavalle* (ed. 1858), 105. Hay una discrepancia entre *las dos de la mañana* que da Lacasa con las *once de la noche* de la carta de Frías. Lacasa está en la verdad, pues en el parte de Fortunato Blanco (que doy adelante) se confirma que “Lavalle entró a Jujuy a las dos de la mañana”. Esa diferencia de hora no deja de tener su importancia si consideramos que el drama se desarrolló a las seis. La presencia del teniente Celedonio Álvarez la menciona Lacasa, y Frías la omite. La de Damasita Boedo explicablemente omitida por ambos. Este episodio romántico en la vida de Lavalle lo cuenta, con detalles, Bernardo Frías: *Tradiciones históricas* (Buenos Aires, 1926),
- (5) Ver plano de la casa. (Aunque en algunos documentos figure como “casa de Zenavilla”, la casa pertenecía, efectivamente, a los Zenarruza.)
- (6) Pedro Lacasa: ob. cit. En el plano se señala el dormitorio de Lavalle.
- (7) Félix Frías: Carta citada.
- (8) Pedro Lacasa: ob. cit.
- (9) Adolfo F. Carranza : *Hojas históricas*, 52.
- (10) Carta de Oribe a Pacheco (Cuartel General en marcha, oct. 13-1841), cuyo texto doy más adelante: testimonio de Álvarez Prado, etcétera.
- (11) Copia entre los papeles de Martín V. Lascano en el “Instituto Juan Manuel de Rosas de Investigaciones Históricas”.
- (12) Copia de la carta entre los papeles mencionados de Martín V. Lascano (Instituto Juan Manuel de Rosas de Investigaciones Históricas).
- (13) Copia en el “Archivo Lascano” (Instituto Juan Manuel de Rosas de Investigaciones Históricas).
La escolta salió en su persecución: se trata de un error. Todas las otras constancias dan a la escolta fugando por los fondos.
La puerta quedó abierta. La puerta fue cerrada por Lacasa o por alguno de la escolta antes de producirse la descarga. Debió “quedar cerrada” cuando se producía la doble fuga de atacantes y atacados. Posiblemente algún vecino que entró por los fondos la abrió, o alguien se quedó junto al cuerpo de Lavalle (¿Damasita Boedo?). Lo cierto es que esta *puerta abierta*, hizo creer a ese “medio Jujuy” de que habla el comandante Blanco que la partida federal, al pasar por la calle, vio en el zaguán a

Lavalle y tiró sobre él. Nadie fue a buscar las huellas de disparos que *atravesaron* la puerta. Nadie. Ni el comandante Blanco que sabía que la puerta estaba cerrada.

(14) “Archivo Lascano” mencionado (copia). Fue publicada en la *Gaceta Mercantil*.

(15) Investigaciones realizadas por Martín V. Lascano: constancia entre sus papeles.

(16) “Archivo Lascano” mencionado (copia).

(17) Julio A. Costa: *Rosas y Lavalle* (Bs. As., 1926), 193.

(18) Lavalle a Chilavert (16 oct. 833) en Saldías: *Historia de la Confederación Argentina* (edición 1945) IV, 219.

(19) Saldías, ob, cit. IV, 120.

(20) Alberdi: *Escritos Póstumos*, XII, 467.

(21) Alberdi: *Escritos Póstumos*, XIII, 33.

(22) Saldías, ob. cit. IV, 220.

(23) Jacobo Varela a Florencio Varela (dic. 30/1838) en Rodríguez *Contribución Histórica*, etc., III, 177.

(24) Iriarte (Gral. Tomás) : *Memorias*, V, 253.

(25) Iriarte: *Memorias*, V, 256.

(26) Carta mencionada en la nota 23.

(27) Carta firmada C. (cifra de Carlos Tejedor en la clave de los conjurados) de julio 22 de 1839. En Rodríguez: *Contribución*, etc., II, 513.

Es curioso que Tejedor estuviera en esa fecha detenido por la conspiración Maza descubierta a fines de junio. No debió ser muy penosa la cárcel, ni muy extrema la vigilancia, para que pudiera tener una activa correspondencia con Montevideo. Del texto que es un completo informe revolucionario, muy comprometedor para muchos se infiere que con absoluta seguridad planeaba conspiraciones desde la cárcel.

(28) Alberdi a Brígido Silva, Salustiano Zavalía y Marco Avellaneda, 28-2-1839 (Alberdi: *Escritos póstumos*, XIII, 336).

(29) Carta de E. (cifra de Enrique Lafuente) a Félix Frías, abril de 1839. En Rodríguez: *Contribución*, etc., II, 455.

(30) Frías a Andrés Lamas (junio 7-1839). Rodríguez: *Contribución*, etc., III, 187.

(31) Rodríguez: *Contribución*, etc., III, 83 y sgts.

(32) Rodríguez: *Contribución*, etc., III, 100.

(33) Rodríguez: *Contribución*, etc., III, 41.

(34) Rodríguez: *Contribución*, etc., III, 218.

(35) E. Quesada: "*Lamadrid y la coalición del Norte*" p. 98.

(36) Rodríguez: *Contribución*, etc., III, 137.

(37) *Instrucciones del ministro Adolfo Thiers al almirante Barón de Mackau*, de 21 de julio de 1840. Leídas en la Asamblea Legislativa francesa por Guizot en la sesión del 29 de mayo de 1844.

Guizot en esa ocasión era ministro, y se opone a la intervención armada en el Río de la Plata que solicitaba Thiers (en mayo de 1844, estaba Thiers en la oposición). Al leer el párrafo: "...para cuyo éxito han pedido y recibido de nosotros socorros, sin retribuirnos, ni aun en leve proporción, los servicios pedidos...". Thiers interrumpe: "*Eso se dirigiera Lavalle...*". Guizot, continúa: "*El párrafo precedente demuestra que eso se dirigía a Lavalle y a Rivera, porque allí se nombro a los dos al mismo tiempo. Si no se hubiera aplicado así a Rivera como a Lavalle, sería bien extraño, porque sin eso no habría una sola palabra en todas las instrucciones sobre Rivera y sobre nuestros auxiliares de Montevideo*". (Transcripción del *Journal des Debats*, de París de 1. junio 1844, en Archivo Americano y espíritu de la prensa del mundo, ed. 1947, II, 45).

(38) Rodríguez: *Contribución*, etc., III, 105.

(39) Rodríguez: *Contribución*, etc., III, 138. En carta de Lavalle a su esposa desde Chilecito (marzo 31/1841) le dice irónicamente: "La provincia de Córdoba que había hecho una evolución tan rápida y espontánea contra Rosas, se convirtió en su mayor parte contra nosotros a la presencia del ejército vencedor en el Quebracho. Les doy a nuestros abogados diez años de tiempo para que *acierten* con este *enigma*, (subrayado mío) en Rodríguez, *Contribución*, etc., III, 142.

(40) Elías: *Memoria Histórica*, 366.

(41) Frías: *La gloria del tirano Rosas* (ed. 1928), 76.

(42) Paz: *Memorias póstumas* (ed. Rosso), II, 408 y sgts.

(43) Lamadrid: *Memorias* (Ed. Bib. del Suboficial), II, 169 y sgts.

(44) Lamadrid: ob. cit. II, 172.

(45) Lamadrid: ob. cit. II, 184.

(46) Ernesto Quesada: *La época de Rosas* (ed. Fac. Fil.Let., Bs. As., 1923), 224.

(47) Echeverría: *Avellaneda* (poema).

(48) Rodríguez: *Contribución*, etc., III, 188.

(49) Rodríguez: *Contribución*, etc., III, 201.

[\(50\)](#) Rodríguez: *Contribución*, etc., III, 105.

[\(51\)](#) Lamadrid: *Memorias*, II, 172

[\(52\)](#) *Carta de San Martín*, julio 10/1839 (reproducida entre otros, en la recopilación del *Museo Histórico Nacional – San Martín, su correspondencia, 1823-1850*, (BS. Aires, 1911), 127.

[\(53\)](#) Félix Frías: *La gloria del tirano Rosas*, p. 79.

[\(54\)](#) Discurso en la recepción de los restos de Lavalle.

[\(55\)](#) Rodríguez: *Contribución*, etc., III, 148.